BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

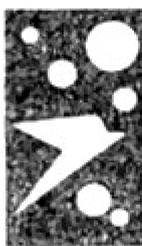
¿QUIENES ERAN "ELLAS"?

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



CURTIS GARLAND



Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 261

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

256 — Los dioses lloran sangre. — *Curtís Garland.*
257 — Perispíritu. — *Adam Surray.*
258 — Fuente de vida y muerte. — *Glenn Parrish.*

259 — El maldito y podrido planeta. — *Ralph Barby.*
260 — El hombre que quería saber. — *Kelltom McIntire.*

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 24.852 – 1975
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición: agosto, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

PREFACIO

TARDÉ demasiado en saberlo. Todos tardamos demasiado. Ese fue nuestro gran error. Nuestro terrible error.

Ahora es tarde. Tarde para volver atrás. Tarde para echar la vista hacia el pasado *y* tratar de rectificar o enmendar algo. Tarde para todo lo que se hizo, bien o mal…, y que ya está hecho. No caben arrepentimientos. Ni reproches. No es ya hora de ello.

Lo importante es que sucedió. Y ninguno supimos preverlo. Ni evitarlo. Perdimos demasiado tiempo buscando lo que teníamos ante nuestros ojos. Pero que nadie podía imaginar que fuese…, lo que realmente fue.

Ahora, cuando ya no tiene remedio, echo la vista atrás, cuando menos para recordar, para pensar en todo lo que fue y lo que pudo haber sido. Los recuerdos están vivos en mi mente, y la desesperanza de no haberlo podido evitar, sigue haciendo presa en mí. Sé que es inútil, pero no puedo impedir que las cosas sean así.

Creo que hubo un momento clave en que lo vi todo claro. En que las cosas aún podían ser distintas. Ese momento pasó. Creo que ni siquiera me di exacta cuenta de ello. Es ahora, al evocar el pasado, cuando tales cosas me vienen a la mente. No sirven de mucho. Ni tan siquiera de consuelo.

Ese momento quedó atrás, como tantas otras cosas. Tal vez no valga la pena pensar en ello y atormentarse estérilmente. Ha sido mi error. Y el de los demás. El error de todos. Lo hemos pagado, y eso es suficiente. El precio ha sido elevado. No podía ocurrir de otro modo.

Ahora, si acaso, sólo cabe preguntarse si todo hubiera sido igual, caso de haber imaginado al principio…, quiénes eran «ellas».

«Ellas»…

Esa sola palabra breve, monosilábica, encierra tantas cosas…, ¡Oh, Dios, si yo hubiera sido capaz de interpretarla a tiempo! Se supone que quien acepta una tarea, debe ser consciente de que sabe desempeñarla a fondo. Con eficacia. Con responsabilidad. Ese ha sido mi fracaso. Mi gran fracaso. Dependían muchas cosas de mí. No estuve a la altura de lo que se me exigía. No me sirve de consuelo pensar que otro, en mi lugar, hubiese obrado de modo parecido y su error hubiera sido semejante. No, esas cosas no sirven nunca. No compensan. No arreglan nada.

Lo cierto es que sólo puedo recordar. Repasar una serie de acontecimientos que se iniciaron con un momento particularmente rutinario en la vida de un policía: el hallazgo de un cadáver en un lugar de la ciudad.

Un cadáver en el que se advertía la existencia de muerte violenta, quizá de homicidio o asesinato. El policía era yo. Oficial número 302 de la División de Seguridad, Patrulla Social.

Fue el principio. Una muerte. Un expediente policial. Una pura rutina.

¿Rutina?

No, nada más lejos de la verdad. Sólo que, entonces, yo no podía saberlo. Ni yo, ni nadie. Pero ya entonces…, «ellas» estaban allí. Entre nosotros. Tardé mucho en saberlo. En comprender el terrible peligro. En saber *quiénes* eran «ellas»…

El horror comenzó insensiblemente. De un modo que parecía puramente accidental. Pudo suceder en cualquier parte. Sólo que comenzó allí. Justamente allí.

Yo he sido siempre muy imaginativo. O, cuando menos, así pensaba. A partir de entonces, me llegó la duda.

Pensé en todas las posibilidades, es cierto. En todas…, menos en la única real. Como agente de la autoridad, como policía flamante, con mi verde uniforme y mi blanco correaje, me creí realmente importante cuando fui elevado al rango de oficial, al servicio directo del Jefe. El Jefe tenía especial cariño por la División de Seguridad. Y dentro de esta División, por la Patrulla Social. En un mundo virtualmente utópico, un policía social no era nunca una amenaza para nadie, sino una salvaguarda y un amigo. Erradicados el espionaje, las guerras, e incluso casi en su totalidad la delincuencia, ¿quién podía pensar en hallarse frente a una cadena de violencias?

Pues eso me sucedió a mí. Y a mi Patrulla Social. Entonces empecé a pensar si, realmente, el mundo en que vivimos era tan utópico como todos imaginábamos.

La respuesta que se me ocurrió, no llegó a gustarme. Luego…, luego, llegaron «ellas».

Y ahí comenzó todo.

Pero el auténtico principio, fue aquella noche de verano. En aquel barrio residencial de Centrópolis…

Sí. Ese fue el principio. Y esto de ahora…, esto, es sólo el final.

CAPÍTULO PRIMERO

—ESTÁ ahí, oficial,

—¿Muerto?

—Desde luego. Sin lugar a dudas. Muerto, y bien muerto.

—Bien, Dekker. Veremos a ese pobre hombre. ¿Ha sido accidente?

—No lo sé. Nunca he visto a nadie muerto de ese modo, oficial Brooks. Resulta tan raro…

—¿Raro? —le miré de soslayo, sin entender—. ¿Por qué, Dekker? Usted sólo mencionó una…, una muerte violenta. No aclaró más.

—Y es una muerte violenta. ¡Vaya si lo es, oficial Brooks! Pero de una violencia extraña y terrible que nunca he visto antes de ahora, para serle sincero…

—¿En dónde estriba la diferencia? —mis ojos se clavaron en la forma tendida en tierra, junto a la valla de un jardín que rodeaba uno de los bloques residenciales de la zona. Sabía que debajo de la tela estaba el cuerpo. Pero me preocupaba lo que había dicho Dekker con tono preocupado y como perplejo.

—Lo verá en seguida, señor —suspiró mi subordinado, señalando con un ademán de su cabeza hacia el bulto—. De verdad que no es nada difícil advertir en qué consistió la muerte de ese hombre…

No añadió más. Yo tampoco traté de insistir. Era mejor ver primero el cadáver. Dekker parecía sugerir que su sola contemplación aclaraba esas interrogantes.

Me aproximé. Alcé la tela con un movimiento brusco, fruto de una larga práctica en actos semejantes, incluso cuando era patrullero de tráfico en las grandes autopistas interurbanas.

Contemplé lo que había debajo. Y entendí lo que había sugerido Dekker. Lo comprendí muy bien, sin necesidad de hacer más preguntas.

Era una muerte violenta. La más violenta que recordaba haber visto. Y, curiosamente, al mismo tiempo, apenas si existían señales de violencia en aquel cadáver. Eso era lo realmente extraño, lo inexplicable en principio.

El hombre era de mediana edad. Vestía como cualquier ciudadano de tipo medio. Bien rasurado, cabellos castaños, ojos azules…

Sus ojos. Me impresionaron. Vistos así, resultaban tremendamente azules. Como globos de vidrio celeste. Desorbitados, fijos en mí al parecer. En la nada, realmente. El resto de su rostro, de su cuerpo, era una especie de piltrafa humana. Como un monigote desinflado. Sí, ésa era la palabra exacta: *desinflado.*

Exangüe, lívido, casi blanco, rugosa la piel, sin el más mínimo color. Hubiera jurado que estaba desangrado.

—Desangrado, sí, señor —dijo Dekker junto a mí, como adivinando mis pensamientos—. Lo ha notado ya, ¿verdad?

Asentí, ceñudo. Miré el cuerpo. Busqué señales de sangre en el suelo, en

derredor. Sus ropas eran de un gris suave, y aparecían limpias. Su cuerpo todo no mostraba ningún indicio de derramamiento, de heridas, de hemorragia. Nada. En el suelo, todo era gris, terso, impoluto. Centrópolis era una ciudad muy limpia. Lo teníamos a gala. Pero ¡qué diablos!, un tipo que muera desangrado, ha de dejar su sangre en alguna parte.

Aquel hombre era una excepción. No ofrecía heridas, boquetes, señales de derrame externo. Pero no tenía una sola gota de sangre en el cuerpo, eso era seguro. Me incliné. Giré el cuerpo cuidadosamente, mirando su espalda. Se mostraba tan limpia como el resto.

—Dekker, ¿dónde ve usted la violencia? —pregunté—, No sé lo que ha matado a este hombre, pero no sólo faltan heridas, sino incluso hematomas. ¿Qué le pasa realmente?

—Eso nadie lo sabe. Es evidente que sus venas están vacías. Ni se ven en el cuerpo. Pero la única señal de violencia resulta difícil de ver. Muy difícil, señor. Vea…

Se acercó a mí. Le vi tomar el cadáver con esa fría indiferencia que produce el contacto habitual con tales hechos. Lo apoyó en la cerca vecina. Hizo una rara manipulación. Abrió su boca con una "especie de tenaza metálica plateada, que al presionar en un resorte, hacia girar una rosca y dilataba los labios del muerto.

De ese modo, me mostró su boca. La cavidad bucal se presentó ante mí, a la fuerte luz de la soleada mañana. Pero por si eso fuera poco, él proyectó con su otra mano un chorro de luz blanca de su lámpara, dentro de la boca del difunto.

Retrocedí unos pasos, asombrado y horrorizado.

Era realmente terrible. Tenía toda la boca tumefacta, negruzca. La lengua, violácea, oscura, rugosa, parecía mutilada en su mitad como si alguien la hubiera cortado de un tajo. O como si una dentadura cruel y salvaje al hubiera partido de una dentellada feroz. La mutilación era visible y formaba un manchón negro en aquel boquete horrible. Si algún punto parecía haber sido el de salida de toda la sangre humana de aquel cuerpo, podía ser perfectamente ése. Sólo que…, ni en los labios ni en las ropas del muerto había la menor señal de la tremenda hemorragia que tal clase de herida produciría.

Me erguí en silencio. Respiré fuerte. Hundí las manos en mis bolsillos y miré a Dekker, reflexivo.

—Está bien —dijo—. Cierre la boca de ese infortunado. Ya he visto lo suficiente.

Me obedeció, sin comentar nada. Se incorporó y nos miramos. Alrededor nuestro había agentes de la policía metropolitana, sol y calor. Enjugue el leve sudor de mi frente, tratando a la vez de razonar sobre algo que no entendía.

—¿Qué cree que sucedió? —fue mi pregunta a Dekker.

Mi subordinado me contempló como quien estudia a un marciano recién aparecido en plena calle. Aun ahora, en los inicios del siglo XXI, ambos

sabíamos que no existían marcianos. Aquél era un planeta muerto como lo era la Luna, nuestro satélite natural. Como muchos otros mundos que habían terminado con nuestra esperanza de ver a otros seres extraños, a los famosos alienígenos de los relatos de anticipación. Así eran a veces los sueños humanos. La realidad se encargaba de romperlos.

Pero yo no era un marciano, sino su jefe inmediato, en la Patrulla Social. De modo que Dekker pareció salir de su aturdimiento y me respondió con serenidad:

—Me gustaría saberlo, señor. Y mucho.

No comenté nada. No valía la pena. Dekker sabía tanto como yo sobre este extraño suceso, Lo indudable es que en su boca tumefacta parecía estar el origen y razón de su muerte por desangramiento. Pero ¿qué era lo que le había pasado para que semejante circunstancia llegara a producirse? De momento, era un absoluto misterio.

Mulder, el patrullero, comentó a mi lado, mientras examinaba el cadáver:

—Cielos, es como si la Muerte le hubiera dado a ese hombre un beso absorbente y mortal.

Me estremecí. Era un comentario tonto pero logró impresionarme. Un beso mortífero en la boca de un hombre. El beso de la Muerte… No había la menor sensualidad, ciertamente, en semejante posibilidad alucinante.

Dekker estaba estudiando el muro que formaba un apoyo para aquel cuerpo sin vida. Alzó los ojos, examinando el lugar.

—Una edificación nueva —comentó—. Jardines, un bloque residencial con varias plantas ajardinadas…, Como cualquier otra de esta ciudad, señor. Ese hombre pudo residir ahí dentro. O ser un simple peatón.

—Averiguaremos eso más tarde —asentí, pensativo—. ¿Tiene alguna identificación este hombre?

—Ninguna. Ni tarjeta de identidad, ni documento de Seguridad Social, ni siquiera etiquetas en sus ropas. Quizá sea casual, quizá no.

Estábamos totalmente de acuerdo en ese terreno. Eran cosas que podían ser o no ser. Formarían parte de la rutina policial. No me gusta la rutina, pero en mi oficio es inevitable.

—Creo que aquí no hay nada por ver —señalé—. Ni huellas, ni indicios de ninguna clase. Ni tan siquiera una mancha de sangre, lo cual es harto extraño.

—¿Supone que lavaron esto, tras desangrarse el hombre? Hubiera hecho falta mucho tiempo, muchos útiles de limpieza…, Y todo eso produce ruido, movimientos. Alguien lo hubiera advertido, puesto que el forense imagina que lleva muerto de seis a ocho horas. Eso nos sitúa en plena noche. Y a semejantes horas, cualquier persona produciría ruido, inevitablemente, limpiando esto. Además, siempre quedaría alguna huella de sangre, por pequeña que fuese. De todos modos, los técnicos del laboratorio vendrán más tarde, para indagar por aquí más profundamente.

Sacudí la cabeza en sentido negativo, con gesto algo huraño.

—No —dije—. No creo que hayan lavado esto. Ni espero que los técnicos

encuentren la más mínima señal de sangre humana en el pavimento de la calle…

—¿Entonces? —Dekker me miró, asombrado—. ¿Qué supone usted que explicaría esa ausencia de señales de una hemorragia semejante?

—No lo sé, Dekker —suspiré—, Pero imagino que, fuese lo que fuese lo que se utilizó para matar a este hombre…, *succionó* por completo la sangre, sin derramar una sola gota al suelo. Es absurdo, lo sé. Pero es lo que yo pienso, amigo mío.

—Quizá tenga razón, después de todo, señor —admitió de mala gana mi subordinado, alejándose un poco a lo largo de la acera bordeada de césped, con la mirada fija en el techo del edificio que asomaba allá detrás, en los jardines privados del bloque residencial. Le oí gruñir entre dientes—: De todos modos, habrá que investigar ahí dentro, a ver si ponemos algo en claro. Puede que, con suerte, haya algún testigo, alguna persona que oyó o vio algo. O quizá, quizá, la clave para identificar a este hombre, cuando menos…

Le dejé sin pretender detener sus ideas ni sus actos. Dekker era un hombre rutinario pero eficaz. A veces, la rutina era importante en nuestro trabajo, aunque yo prefiriese siempre el juego imaginativo, quizá por simple inquietud psíquica.

Estudié una vez más al hombre muerto, virtualmente seco de sangre. Era terrible imaginarse lo que allí pudo suceder. Pero no podía adelantar gran cosa haciendo deducciones sin la menor base. De modo que resolví dejar todo aquello en manos de Dekker. Y hacer la parte menos mecánica del trabajo, como era mi costumbre.

Cuando abandoné el lugar donde yacía aquel infortunado, su tremenda apariencia se mantenía como grabada a fuego en mi mente. La terrorífica expresión del hombre muerto, su cuerpo blanco, vaciado de sangre, la ausencia de rojas manchas en el pavimento gris y terso de nuestras modernas calles plastificadas…

Centró polis, la nueva capital de la Nación, era como un mundo aséptico, lineal y funcionalmente estructurado. Jardines, luces solares, plantas y flores artificialmente cultivadas en toda época del año… Un mundo utópico y diferente. Sin contaminaciones, sin ambiente cargado, sin humos, sin suburbios ni vertederos. Desde que la contaminación puso en peligro al mundo entero, Estados Unidos habían resuelto crear aquella superciudad, como centro vital de un país que quería terminar con el ambiente viciado de un Nueva York, un Chicago o un Los Angeles… Y surgió Centrópolis, igual que años atrás surgiera Brasilia en vez de Río….

Estábamos orgullosos de aquella ciudad sin industria, sin humos, sin vehículos a motor de gasolina ni de ningún otro combustible que no fuese baterías eléctricas de gran potencia o reactores nucleares livianos.

Centrópolis era hermosa, aunque quizá algo fría, como un bello monstruo deshumanizado. Plásticos y materiales nuevos, de creación reciente, productos de laboratorios industriales especializados en las nuevas normas

arquitectónicas, habían logrado producir edificios, aceras y calles diferentes a las de siempre. Nada de asfalto, cemento, metales, hormigón y cosas parecidas. Sólo vidrio y plástico fuertes como el hierro o el acero. Así era Centrópolis. Era el experimento inicial de una nueva forma de vida y habitabilidad, Pero el experimento resultaba bien. Por todo el país, por todo el mundo ya, proliferaban inicialmente las llamadas Ciudades Residenciales. Con las prohibiciones que permitían disfrutar de su aire limpio, sano y sin poluciones dañinas.

Los hombres, una vez más, habían resuelto el grave problema que amenazaba su supervivencia. Ahora, estábamos empezando a creer que, en ello, también otras cosas se habían superado: el delito ofrecía cotas muy bajas. La ausencia de guerras, durante décadas enteras, había llegado a mermar la existencia de sabotajes, peligros de terrorismo y cosas así, hasta límites mínimos, casi inexistentes. La política mundial, a base de una federación de ideologías bien acopladas y con una mutua tolerancia, se había estabilizado considerablemente.

Sí. Era casi una utopía. Casi.

De vez en cuando, sucedían cosas así, que nos permitían dudar de la existencia de auténticas utopías en el mundo humano: un crimen, una violencia, un hecho insólito y sangriento.

Y entonces, todo le parecía a uno desagradablemente parecido a lo que fuera tiempos atrás en cualquier época.

Porque, entre otras cosas, yo estaba seguro de algo: fuese cual fuese el procedimiento singular empleado… aquella muerte era un asesinato.

* * *

—¿Un *asesinato*? —el Jefe me contempló con expresión desabrida. Era obvio que la palabra no le gustaba lo más mínimo—, Cielos, Brooks, ¿en qué se funda para afirmar tal cosa?

—En nada concreto, señor —admití de entrada—, Pero fue un asesinato. Podría jurarlo.

—Ya veo. Puede jurar… algo que ni siquiera sabe qué pueda ser en concreto —repitió él con sarcasmo—. Eso es muy interesante, amigo mío. Pero impropio, por completo, de un miembro de mi Departamento. Un policía no puede permitirse el lujo de jurar por algo que ni siquiera entiende. No pido juramentos. Ni corazonadas. Ni deducciones temerarias. Sólo pido método, orden, rigor. Y sentido de responsabilidad. Eso es todo. Parece poco, pero no lo es. Y usted, Brooks, en quien tengo depositada mi mayor confianza… me sale ahora con cosas sin fundamento, con ideas sin base… No, no es eso lo que esperaba de usted, ciertamente. Y espero que, en otra ocasión, cuando afirme algo rotundamente, posea más elementos de juicio que en esta circunstancia.

—Perdone, señor —me disculpé cortésmente—, Pero sigo pensando que es un asesinato.

—Puede pensar lo que quiera. Es libre de ello, Brooks. No le exijo que piense de un modo determinado. Pero sí que me exponga hechos concretos, evidencias y conclusiones oficiales, no simples pensamientos íntimos o deducciones personales, ¿ha comprendido?

—Sí, señor —incliné la cabeza—. He comprendido. Oficialmente… sólo tenemos un cuerpo sin vida, el de un hombre desangrado misteriosamente, con una mutilación y un profundo hematoma en su boca….

—Sabía ya todo eso —golpeó su mesa suavemente—. Tengo aquí los informes del suboficial Dekker. Y también los del forense. ¿No puede añadirle nada nuevo, Brooks? Usted es el oficial de la Patrulla. Y un buen oficial, si sus notas de curso de especialización no han mentido….

—Gracias por el elogio, señor. Espero merecer debidamente esa confianza suya. Pero lo cierto es que no tengo nada más que ofrecerle. Absolutamente nada.

—Cuando menos, Brooks, es usted sincero. Terriblemente sincero….

—Acostumbro a serlo. En lo bueno, y en lo malo. Lo cierto es que no sé qué pensar de este asunto. Pero tengo mis ideas. Y quiero confirmarlas. Quiero estar seguro de algunas cosas.

—¿Qué cosas, Brooks?

—Esa muerte. Su naturaleza, sus causas… Y el modo en que sucedió. Y el culpable, si lo hay en alguna parte, que ha de haberlo, si fue, como supongo, un crimen.

—Un crimen que cometió… ¿quién, amigo mío? ¿Y por qué?

—Señor, espero responderle a eso, muy pronto. En cuanto me sea posible averiguar algo más. Cosa que, tal vez, no tarde mucho en suceder.

—Eso ya tiene más sentido. ¿Posee alguna pista a seguir?

—Ninguna —sonreí tristemente—, Pero espero. Confío, señor.

—Espera… Confía… ¿en qué? —preguntó desabridamente mi jefe, mirándome con cierta frialdad agresiva.

—En la suerte. En mis corazonadas —suspiré—. En cualquier momento, llegará un aviso, un mensaje, una llamada por videófono… y algo empezará a funcionar, estoy seguro.

El zumbido suave e insistente del videófono rojo de mi jefe, sonó justo en ese momento. Y el jefe me miró fijamente. Vi una especie de parpadeo vacilante en sus ojos chispeantes.

Descolgó el auricular. En la pequeña pantalla de televisión en color, asomó el rostro de Dekker, mi subordinado. Habló a nuestro superior con, respeto:

—Perdone, señor. Quería informar al oficial Brooks. Me dijeron que estaba ahí, en su despacho….

—Sí. Está aquí —asintió el jefe, tendiéndome el auricular—. Hable, Brooks.

—Gracias, señor —contemplé a Dekker a través de la pantalla del aparato comunicador—. Le escucho, Dekker. ¿Alguna novedad?

—Sí, señor —afirmó mi interlocutor—. Creo que tenemos que dejar este

asunto. Inmediatamente.

—¿Cómo? —indagué, asombrado—. ¿Qué está diciendo?

—Se trata de una orden, señor. Directa del Gobernador General. No debemos continuar investigando la muerte de la Vía Internacional. Es asunto prohibido.

—¿Prohibido? ¡Eso es un disparate! ¿Por qué exige el Gobernador tal cosa?

—Muy sencillo, señor: su hija y su yerno viven en el edificio inmediato al lugar del suceso. El propio Gobernador estuvo anoche allí, cenando con ellos. No le gustaría que se relacionara el asunto con él, en absoluto. Carpetazo, señor. Es su orden. Después de todo, parece ser que era un pobre diablo, un hombre sin residencia fija, sin identidad concreta, acaso un vagabundo….

—¡Un pobre diablo! ¡Era un ser humano! —rugí, exasperado—. Dekker, dígale al Gobernador, de parte del oficial Brooks, de la Patrulla Social, que….

—Dígale que hemos recibido su invitación. Y será obedecida —cortó secamente mi jefe, tomando el auricular que arrancó de mis manos, y echándose adelante para hablar por la rejilla del videófono. Luego, cortó la comunicación de golpe.

Hubo un silencio tenso. Miré a mi jefe. Entre dolorido y asombrado. Su gesto era duro, serio, incluso tenso.

—Pero… pero señor… —comencé—. Usted no habrá dicho eso… seriamente….

—Yo sólo digo las cosas seriamente —su rostro endurecido se mantuvo inexpresivo, bajo los blancos cabellos—. Es una orden, Brooks. Retírese del caso. Se cierra.

—¿Se cierra… un caso de posible asesinato? ¿Una muerte violenta que nadie explicó? ¿Sólo porque su vecindad molesta al Gobernador y su familia? ¿Sólo por eso existe una razón para detener el mecanismo de la Ley de la Justicia? ¿Sólo por eso, señor?

—Oficial Brooks, deje de opinar sobre lo que no le concierne. Está decidido. Es mi orden personal. No siga adelante.

—Bien, señor —apreté los labios con frialdad—. Acepto siempre las órdenes. No hay nada que objetar, por supuesto.

—Bien, oficial Brooks. Puede retirarse —se sentó en su asiento, con expresión inescrutable. Yo hubiera dicho que, tras el destello duro de sus ojos, había un cansancio, un gran cansancio—. Cuando le sea posible, devuélvame su propio *dossier* del caso para archivarlo.

Le miré. Me era difícil entender eso. Entender que todavía, en aquel mundo aparentemente utópico, la palabra de un político pudiera frenar la acción de la Ley. Pero no había posible discusión. El jefe mandaba, y era suficiente. Mi misión consistía en obedecer.

Salí de su oficina. Descendí en uno de los ascensores que, vertiginosamente, me condujo a la planta baja. Afuera, brillaba el sol. La ciudad se veía hermosa y deslumbrante a su claridad. Llena de edificios

rodeados de hermosos jardines. Las avenidas eran rectas, limpias y asépticas, los vehículos desfilaban silenciosos y veloces por las cintas de circulación, y los peatones se movían por los encristalados cilindros de cintas en movimiento, cuando no salían para cruzar una avenida o una plaza ajardinada, por su propio pie.

Sí. Hermoso todo. Muy bello, muy moderado, muy funcional y elegante. Pero de repente, todo eso dejaba de gustarme. Veía algo feo y oculto en aquel conjunto arquitectónico del nuevo Siglo.

Y todo, porque un Gobernador había detenido una investigación. Porque la palabra de un hombre, de un político, había logrado algo que yo creía superado definitivamente. Porque, pese a todo, la corrupción y el caciquismo no habían sido erradicados, de la ciudad. Y, por tanto, tampoco de nuestro mundo….

Me encaminé a una de las bandas de peatones, para caminar por mi propio pie, de regreso a casa. Quería descansar, leer un poco, tratar de pensar. O de olvidar, no sé. Cualquier cosa menos ver la televisión, por supuesto, con sus programas para alienación de masas. Un libro, un poco de música de fondo… Eso era lo mejor. Especialmente ahora. En estos momentos.

Crucé la amplia plaza salpicada de jardines floridos, situada ante el edificio magnífico del Departamento de Seguridad Urbana.

Y entonces sucedió.

Entonces vi la muerte ante mí, súbita y brutalmente.

* * *

Uno de los grandes vehículos que se utilizaban en todas las superciudades, para alisar sus calles plastificadas, para reparar daños al pavimento o para rehacer edificios del mismo material, en estado defectuoso, acababa de girar la esquina inmediata, con su pesado movimiento rutinario. Sobre la carrocería gris metálica, uniforme y fría, eran visibles, como en todos ellos, las letras escarlata de la entidad concesionaria de tales obras y materiales de novísima construcción:

URBANIZADORA INTERNACIONAL

«MUNDIPOLIS»

Debajo, como en todos los casos, el número de orden del vehículo, dentro de un círculo escarlata. En su parte posterior, una carga de plástico para reparaciones urbanas. Del asfalto, el cemento y el hormigón, nadie se acordaba ya en el mundo. Aquél era el material nuevo, duro, poderoso, y a la vez flexible, poroso, resistente a todos los avatares.

Fue esa clase de pesado vehículo el que simbolizó para mí la muerte, durante unos breves, brevísimos instantes: justo cuando sus frenos parecieron no obedecer, y su velocidad se aceleré considerablemente, precipitándose

hacia mí su mole arrolladora, en un trecho de calle que, virtualmente, me dejaba indefenso, a merced de aquel monstruo de metal, capaz de triturarme.

No sé cómo pude hacerlo. Borrosamente, distinguí un rostro asustado, tras el vidrio del parabrisas, mientras unas manos vigorosas pugnaban por detener aquel vehículo demoledor.

Fueron unos instantes que quizá no abarcaron un segundo de tiempo Para mí, sin embargo, constituyeron una eternidad. Y, por contraste, apenas un soplo, una milésima de segundo para mis desesperados movimientos, en busca de salvación a cualquier precio.

Lo cierto es que lo conseguí. Por muy poco. Sentí el roce del monstruo de metal, rasgándome incluso mis ropas al golpearme, y noté que mi cuerpo, como una pelota de goma, rodaba por el asfalto plástico actual, sobre aquella tersa superficie gris, sin baches ni irregularidades, lustrosa como si estuviera recubierta de un transparente cristal.

Y las ruedas del gigantesco vehículo de carga, se alejaron de mí, en tanto que el conductor del mismo iba logrando aplicar los frenos, detener poco a poco el transporte, para asomarse en su cabina y mirarme, con gesto angustiado.

—¿Le ha ocurrido algo, señor? —preguntó con inquietud.

—No, nada —rechacé secamente—. Por fortuna, todo ha ido bien. Pero pude haberme convertido en una masa de papilla, pegado al suelo. ¿Qué diablos le ocurrió a su vehículo?

—No… no logro entenderlo —jadeó, enjugándose el sudor que goteaba por su rostro, tras haber conseguido frenar el enorme vehículo junto a los jardines. Saltó al suelo y caminó hacia mí para ayudarme. Algunos transeúntes también se aproximaban en mi dirección, con parecidos propósitos —. Lo cierto es que algo pareció fallar en los frenos, aunque ahora ha vuelto a arreglarse. Dejaré ahí el vehículo y llamaré a una de nuestras unidades de reparaciones, para que revise bien él motor y todo lo demás. No quiero convertirme de pronto en asesino… o en víctima, créame.

—Sí, hará bien en revisar ese trasto —murmuré, incorporándome y contemplando los destrozos del accidente en mis prendas de vestir. Sacudí la cabeza, mirando al camión que estuvo a punto de ser mi verdugo, y añadí, pensativo—: Imagino que vendrá usted directamente desde la fábrica, ¿no es cierto?

—Salí de la factoría central esta mañana, pero he pasado previamente por el Centro de Gobierno de la ciudad —explicó el conductor—. El propio Gobernador ha hablado conmigo hoy.

—¿El Gobernador? —arrugué el ceño, mirándole con repentina curiosidad —. ¿Por qué motivo? Usted es solamente un funcionario de reparaciones de la Urbanización… ¿Qué quería él de usted?

—Bueno, parece que necesita reparaciones urgentes en su vivienda y en la de su hijo. Ahora iba hacia allá para hacérselas con la mayor premura. No es que los cargos públicos deban tener privilegios sobre los demás, pero el

Gobernador es un hombre muy cordial y simpático, y no me cuesta nada hacerle el favor….

—Comprendo —asentí. Pretendía encontrar alguna conexión entre el fallido accidente que pudo costarme la vida, y la relación del Gobernador con aquel vehículo y su conductor, poco antes de tener lugar el hecho, pero en buena lógica no podía hallarla. Y no la hallé—. Está bien, puede seguir su trabajo, amigo. Soy el oficial Brooks, de la policía.

—¡Policía! ¿Me va a hacer alguna reclamación por el accidente? —se angustió él—. Podría perder el empleo, y le juro que no ha sido negligencia mía….

—No se apure. No he dicho que vaya a hacer nada de eso. Puede seguir su tarea normalmente. Esto, en efecto, parece haber sido totalmente accidental. Y, caso de no serlo, no sería precisamente usted la persona responsable de ello.

Se encaminó al vehículo, no muy convencido de lo que mis palabras podían significar. Lo cierto es que tampoco yo veía posibilidad alguna de formular cargos contra nadie. Era un policía a quien habían despojado oficialmente de un caso, por orden del Gobernador. Poco más tarde, curioseando en el área de una muerte violenta, junto a la casa que el Gobernador parecía tan interesado en proteger, un vulgar camión de carga de la Urbanización «Mundípolis», se precipitaba sobre mí, a punto de triturarme. Y sólo unos minutos antes, el Gobernador había estado hablando con su conductor, quizá incluso subió a la cabina personalmente para pedirle un favor particular….

Eso no tenía sentido. No tenía por qué sospechar el disparate que suponía imaginarse al Gobernador planeando un crimen que era imposible de prever, ya que no podía saber él que yo estaría cerca de la casa de su hijo y su nuera, justo en esos momentos. Y menos aún, imaginar a todo un Gobernador de nuestra gran urbe comportándose como un vulgar criminal.

Cierto que existían medios de dirigir a distancia un vehículo manipulado, como podía serlo un control remoto. Y cierto también que un Gobernador es, ante todo, un hombre, con todos sus defectos y virtudes. Quizá pretendiendo encubrir a su hijo de una posible responsabilidad en la muerte extraña y violenta de un hombre, era capaz de ir demasiado lejos, pero aún así… la idea seguía pareciéndome descabellada, pese a que se me había ocurrido a mí mismo y era yo quien estaba dándole vueltas una y otra vez.

Traté de olvidarlo todo, mientras el vehículo, con su pesada carga de plástico para la construcción, se perdía en una revuelta de las calles, en dirección a la vivienda del hijo de nuestro Gobernador. En suma: al área misma donde un desconocido había hallado una muerte tan singular como terrible.

Quizá todas esas ideas no eran sino disparates imaginativos míos. Pero, de cualquier modo, estaba preocupado. Y molesto. Preocupado y molesto porque el Gobernador hubiera ordenado el sobreseimiento de un *dossier* importante.

Para mí, la muerte de un desconocido, víctima de algo que no entendía, y que el forense tampoco parecía comprender demasiado bien, seguía siendo demasiado importante para dar el caso por archivado.

¿Qué le preocupaba al Gobernador? ¿La seguridad de su hijo, vecino al jugar del crimen? ¿Simplemente miedo al escándalo? ¿O acaso algo más oscuro e inexplicable?

Seguí adelante, resueltamente, alejándome cada vez más del lugar del crimen. Poco más tarde estaba en la terraza ajardinada de un restaurante, reponiendo fuerzas y olvidándome de todo. O intentándolo, cuando menos.

Aquella misma noche llegué a pensar que ya todo estaba olvidado. Como el propio *dossier*. Y justamente entonces ocurrió algo que reavivó con mayor fuerza que nunca el extraño caso del hombre desangrado por una fuerza desconocida, capaz de absorber a través de su boca toda la sangre de su cuerpo….

Capítulo II

PRIMERO fue una llamada anónima.

La recibí por el visófono, pero en la pantalla no había nada, salvo una cabeza vuelta, con una especie de caperuza envolviendo sus facciones, para que el objetivo de televisión de toda cabina pública no revelara sus facciones al comunicante.

—¿Oficial Brooks, de la policía? —sonó ronca su voz.

—Sí —traté de escudriñar en la pequeña pantalla de mi aparato, para descubrir algo que me ayudara a identificar a mi comunicante, pero fue en vano—, ¿Quién llama?

—Eso no debe importarle demasiado. No es de interés para usted. Le hablo desde una cabina pública. Y no pienso darle tiempo suficiente para que me localice mientras hablo, a través de las Patrullas Volantes. Escuche esto, porque colgaré inmediatamente: va a recibir esta misma noche, en su propia casa, algo de sumo valor. Algo que le permitirá encontrar una relación entre un caso criminal y un importante ciudadano de Centrópolis. Utilícelo a su modo. Pero sepa que encontrará serios problemas en llevar adelante el asunto.

—Espere —atajé—. ¿De qué se trata, y con qué asunto se relaciona? Debo saber….

—Pierde su tiempo, tratando de prolongar el de esta charla —me atajó ásperamente la voz anónima—. Esto es todo, oficial Brooks. Lo que reciba usted hoy, le aclarará más las cosas, no lo dude. Buenas noches… y mucha suerte. Va a necesitarla.

—¡Aguarde todavía!… —me detuve. Era en vano. No valía la pena seguir llamando. Mi comunicante había cortado la conexión. En la pantalla aparecieron líneas continuas. Por el auricular, me llegaron sonidos inarticulados y monocordes.

Se había terminado la conversación. No sabía quién me llamó, ni con qué motivo. Pero tal vez esta noche recibiera una visita, con la aclaración adecuada. Por si acaso, tomé mi arma de fuego y me situé en el gabinete, a la espera de alguien.

Llené un vaso de licor, con soda, y fumé un cigarrillo.

No ocurrió nada. Llené otro vaso y fumé el sexto cigarrillo. Siguió sin suceder nada.

Al tercer vaso y al décimo cigarrillo, me incorporé, suspirando fuertemente. Tenía sueño y cansancio. Era mejor retirarse. No vendría nadie. No me traerían ya nada esta noche. Ya era de madrugada y no habían llamado a mi puerta en absoluto. De modo que….

Me detuve de repente. ¡El buzón! Sí, eso podía ser, estúpido de mí….

Salí de mi apartamento y busqué mi propio buzón personal. Lo abrí. Allí estaba.

Era un pequeño envoltorio, una especie de caja plana, como una vieja

pitillera convencional. Envuelto en papel oscuro, sujeto con adhesivos plásticos. Quienquiera que fuese, la había depositado sigilosamente en mi buzón, sin dejar constancia de su presencia, sin avisarme de ella, e incluso tal vez procurando no ser advertido en lo más mínimo. En consecuencia, el autor de la llamada anónima, seguía empeñado en ese punto: en ser anónimo.

Regresé al apartamento. Cerré la puerta con el sistema electrónico de seguridad, en prevención de cualquier incidente peligroso. Tal como empezaban a ocurrir las cosas a mí alrededor, me sentía a veces como una mosca revoloteando arriesgadamente sobre una viscosa tela de araña que en cualquier momento podía envolverla.

Habían hablado de «un caso criminal», por el visófono. Y de «un importante ciudadano de Centrópolis». ¿Qué más concreto caso criminal que la muerte de aquel infortunado sin nombre? ¿Qué ciudadano más importante que nuestro Gobernador, Karl Shakner?

¿Tenía este mensaje relación alguna con todo eso? ¿Qué podía llevar dentro el paquetito depositado en mi buzón?

Estuve a punto de abrirlo sin más ni más, como si fuese un envío postal vulgar. De repente, me detuve, con los adhesivos medio desprendidos ya.

Recordé el «accidente» del camión de la urbanizadora internacional, propietaria del secreto químico que proporcionaba al mundo el plástico de construcción que venció al asfalto y al cemento o al hormigón, hacía ya bastantes años.

Y resolví no correr más riesgos innecesarios, aun aceptando que el fallido atropello hubiera podido ser, realmente, accidental.

De modo que acudí a mi gabinete de trabajo y puse el paquetito en uno de los mecanismos detectores de elementos extraños, como posibles explosivos, productos químicos mortíferos o cualquier otro ingenio mortal.

El resultado fue negativo. No se detectó nada especial. A juzgar por las muestras, no había nada que temer de aquel paquete misterioso. Era perfectamente inocuo, a menos que la electrónica fallara en cosas tan simples. Y no era fácil que eso ocurriera.

Resolví abrir de una vez por todas el envoltorio. No sucedió nada. Me encontré, perplejo, ante una cinta filmada, dentro de su caja plástica. Una película de varias yardas de longitud, filmada en 16 milímetros, y por el sistema de tridimensio-scope. Al trasluz, observé que era también en color. La filmación parecía algo borrosa, pero resulta difícil definir esos puntos a simple vista. Resolví proyectar el film en mi propio gabinete.

Situé el proyector y extendí la pantalla. Puse el film en su compartimiento. Pulsé el botón de funcionamiento, y apagué el resto de las luces. Comenzó la proyección.

Era una pésima filmación, realmente. Borrosa, confusa, mal enfocada… De repente, algo atrajo mi atención. Un lugar apareció enfocado. Me era familiar. Entre tambaleos de la cámara, descubrí que era la cerca gris del edificio ajardinado donde vivía el hijo del Gobernador. Incluso identifiqué

claramente el lugar donde apareciera el cadáver del hombre desangrado.

Mi interés por la filmación fue en aumento. Aunque el operador de turno era una persona inexperta totalmente en la tarea, la calidad de película empleada, así como la luz del día, permitían descubrir una cierta nitidez en los detalles captados.

El enfoque permaneció unos momentos ante la puerta de la casa. Luego, se deslizó a lo largo de la valla, en un *travelling* torpe y oscilante. De ese modo, llegó hasta una zona ajardinada. El portador del tomavistas se debió subir a algo. Un bamboleo concluyó con el encuadre de los jardines interiores de la finca. Después, la cámara enfiló hacia la casa.

Hubo unos saltos en la filmación, hasta que vi con menos claridad. Era el atardecer, y el jardín del bloque residencial estaba medio en sombras, alumbrado solamente por luces azules, dispersas sobre los macizos de flores y setos.

Luego, manejaron el *zoom* súbitamente. El encuadre se hizo rápido y limpio, directo como una centella hacia la galería bien iluminada de un piso. Pegué un brinco en el asiento. Me aproximé a la pantalla y contemplé bien la imagen. Regresé a la proyectora y puse la marcha atrás, congelando luego la imagen proyectada.

Era eso. No me había equivocado. El hombre en la galería… en el piso sexto…, ¡El desconocido que halláramos sin vida en la calle, junto a la cerca del edificio!

Era él. El en persona.

No había duda alguna sobre su identidad. Reconocí sus ojos, su rostro, su figura. No estaba solo. Alguien le acompañaba. Una mujer. Joven, rubia, bien vestida, elegante….

No me fue difícil reconocerla. Había visto su rostro en algunas publicaciones, en reportajes de televisión….

Era Vanda. Vanda Shakner, la esposa del hijo del Gobernador… Y, de repente, ambos se aproximaron mutuamente. Se abrazaron. Se besaron….

Ella y la víctima. La nuera del Gobernador… y el hombre sin identificación que habíamos hallado sin vida y sin sangre en la calle inmediata….

* * *

Cynthia era una muchacha particularmente agradable y asequible. Lo había sido siempre, en todas las ocasiones. Pero esta vez parecía diferente.

—Lo siento, oficial Brooks —dijo escuetamente—. No puedo ayudarle en absoluto.

—¿De veras? —la miré, pensativo—. Tenía entendido que este Centro estaba al servicio de la Ley, siempre que fuese necesario requerir sus servicios.

—Y así es. Pero existen contraórdenes provisionales al respecto —me explicó Cynthia.

—¿Qué ciase de contraórdenes puede haber? No hay nada provisional en la acción de la Ley, imagino.

Ella pestañeó. Evidentemente, estaba tan desorientada como yo. Y bastante cohibida. No parecía feliz de su situación actual en aquel trance.

—No entiendo mucho de esos matices —me confesó—. Pero sé cuándo hay que obedecer a ciegas una determinada orden. Las jerarquías existen para algo.

—¿Qué jerarquías, concretamente? —quise saber—. ¿El Gobernador?

Noté la sorpresa en su mirada. Hizo un gesto de aturdimiento. También de incertidumbre. Era obvio que yo había acertado en mi sugerencia. Pero ella no quería —o no podía— admitirlo.

—Siento no responder nada en ese sentido —dijo, incómoda—. Supongo que lo mejor sería dejar todo como está. Créame, oficial. No puedo facilitarle datos de nuestros sistemas de computadoras. No por el momento.

—Tendrá eso una base legal más importante que una simple orden superior, imagino… —señalé fríamente—. Porque eso podría calificarse de obstrucción a las acciones de la policía.

—No puede calificarse de tal cosa en modo alguno —suspiró Cynthia, moviendo su cabeza de rojos y bien cuidados cabellos—. Existe una orden basada en la nueva ordenación de datos y en la revisión de programadores por parte de los equipos técnicos del Instituto de Información Nacional.

—Ya entiendo —suspiré—. El Gobernador Shakner es el director general de ese Instituto. De modo que todo gira sobre un mismo centro, ¿no le parece? Estamos en un círculo vicioso, Cynthia. Y usted lo sabe lo mismo que yo.

—Lo lamento, oficial Brooks —sonrió ella encogiéndose de hombros con la fría indiferencia que debe suponerse en una persona que vive y trabaja rodeada de calculadoras electrónicas y otros mecanismos perfectamente programados—, Ese es un asunto que no me incumbe. Pero de todos modos, ¿qué es lo que, realmente, deseaba usted preguntar a nuestras máquinas?

—No creo que merezca ya la pena mencionarlo, pero… se trataba de una imagen que obra en mi poder. Una fotografía obtenida de una película. Y que quiero compaginar con los datos computadores en este Centro. Necesito una identificación urgente, que puede surgir de esa fotografía. Y se refiere a la investigación de un crimen….

—Puede dejarme, si quiere, esa fotografía. En cuanto tenga la debida autorización, procuraré atenderle, oficial. Bastará con que me diga adónde notificarle cualquier novedad que surja, y así lo haré.

—Creo que no le será posible hacer nada —rechacé—. Gracias por su oferta, pero… no merece la pena, Cynthia.

—Por favor —inesperadamente, apoyó su mano en mi brazo. Me miró de un modo extraño—. ¿Por qué no lo deja aquí ahora? Yo, personalmente podría cuidarme de ello… Y por cierto que, de existir alguna posibilidad favorable… no dude que la aprovecharía.

Su modo de mirar, me sorprendió. Noté algo especial en sus ojos color

verde oscuro. Pese a que su bonito rostro no revelaba emoción alguna, era su mirada la que permitía intuir algo diferente. Estuve convencido de que pretendía decirme algo. Algo que allí no podía referir de viva voz. Pero que su voz y sus ojos me decían claramente.

—Está bien —suspiré—. Aquí lo tiene. Sólo que no confío gran cosa en los resultados de todo esto.

—Hace mal. Si hay alguien en quien pueda confiar, Brooks, es en mí —sonrió ella enigmáticamente—. ¿Adónde puedo enviarle información, si la hubiera?

—A esta dirección y número de visófono —le entregué una tarjeta metálica mía—. Pero no tengo gran confianza en lo que resulte, si he de serie sincero, jovencita,

Cynthia no pareció ofenderse por ello. Guardó el sobre con la copia fotográfica de uno de los fotogramas del film, así como mi tarjeta, en sus propias ropas, sin pasarlo al buzón de solicitudes de informática,

—Ya sabrá de mí —dijo brevemente.

No respondí nada. Agité mi mano, saliendo del alto y esbelto edificio del Centro Nacional de Informática. La muchacha parecía sugerir algo con sus palabras y actitud, pero la verdad es que seguía sin creer en absoluto en un resultado práctico. Cada vez estaba más sorprendido por la actitud del Gobernador Shakner, que estaba obstaculizando gravemente la acción de la Ley, con la complicidad de diversos estamentos metropolitanos, entre ellos la propia policía a que pertenecía yo, así como Informática.

¿Qué pretendía ocultar con su comportamiento? ¿Por qué aquella ley del silencio ejercida sobre un caso criminal? ¿Quién era el hombre muerto… y cuál su relación con la familia Shakner?

Todas esas preguntas estaban aún sin respuesta. Y lo peor era que no estaba muy seguro de que llegase nunca a tenerlas….

Esa misma noche tuve una respuesta imprevisible a algunas de mis preguntas. Y, especialmente, a mis serias dudas sobre los resultados de una búsqueda de Informática….

Esa primera respuesta me la dio una mujer. Una mujer llamada Cynthia, en la que yo no había tenido fe unas horas antes.

* * *

La llamada fue breve y suave. Me erguí, mirando a la puerta.

Tomé el arma, avanzando con precauciones en dirección a ella. Se repitió la llamada, impaciente. Abrí, sin dejar de empuñar mi arma. Me encontré ante Cynthia.

—¿Usted? —pregunté, sorprendido.

—¿Le extraña? Le dije que si había información de interés, se la proporcionaría. Bien personalmente, bien por videófono. He preferido la primera solución, dado que su casa no está demasiado lejos de la mía.

—Muy amable, Cynthia —sonreía—. Pase, por favor. Escucharé lo que

tenga que decirme,

—Algo más que eso: le mostraré ciertas cosas que, sin duda, serán de su interés, oficial Brooks.

—¿¡De veras? —enarqué las cejas—, ¿Qué cosas?

—Véalas. ¿Tiene un proyector electrónico?

—Sí, lo tengo. ¿Servirá de algo?

—Usted mismo lo comprobará —me mostró una misteriosa cajita metálica, y esperó a que yo mostrara mi proyector cinematográfico, que adapté a la exhibición de video-tapes, al observar que lo que traía consigo era una video-casette y no un film convencional de celuloide. Cuando todo estuvo a punto, Cynthia depositó la casette en su correspondiente cabina. Presioné el pulsador de funcionamiento, mientras ella añadía, con un suspiro—: No sé si es suficiente información. Sepa, cuando menos, que la he obtenido y sacado del Centro de Informática de un modo totalmente clandestino… y punible por las leyes. Se lo digo aunque usted sea policía, oficial Brooks.

No dije nada. Esperaba a que saliera algo en la pantalla mural de televisión, a la que se adaptaba de forma automática el proyector electrónico. El zumbido marcó el paso del video-tape dentro del aparato. Luego, comenzaron a salir datos e imágenes en pantalla.

«FOTOGRAMA IDENTIFICADO POR LA MEMORIA DE IMAGENES.

IMAGEN FEMENINA. IDENTIFICACION POSITIVA. DATOS COMPUTADOS EN IMAGEN CORRESPONDEN A:

VANDA SHAKNER. DE SOLTERA, VAN DA DIXMAN. CASADA CON RAY SHAKNER. RESIDE EN CENTROPOLIS. DATOS PERSONALES EN FICHA APARTE, CLAVE 1.089-223.794.

IMAGEN MASCULINA. IDENTIFICACION POSITIVA. DATOS COMPUTADOS CORRESPONDEN A:

HAL DIXMAN. SOLTERO. RESIDE EN CENTRO- POLIS. DATOS PERSONALES EN FICHA APARTE, CLAVE 3.020-336.424.»

Se apagó con un zumbido sordo la imagen, sobre el fotograma de la pareja besándose, que rápidamente fuera sustituida por dos excelentes fotografías de ambos personajes. Miré con asombro a mi joven y bella visitante.

—¡Hal Dixman! —murmuré—. Y ella se llamaba de soltera… Vanda Dixman… ¿Son familia, tal vez?

—Espere —me rogó ella—. Siga mirando. Hice una copia de la ficha Clave 3.020- 336.424. Está grabada ahí. Saldrá ahora, no se impaciente.

Miré a la pantalla. Tras unas líneas entrecruzadas, verdes y azules, apareció otra imagen en pantalla: una fotografía en color y relieve, perteneciente a Hal Dixman, el hombre muerto misteriosamente. Sobre esa imagen tridimensional, que casi le hacía parecer vivo y palpitante ante mí, surgieron letras de color verde fluorescente, con la característica estructura de los rasgos electrónicos. Una serie de datos computados fríamente, saltaron ante mis ojos sorprendidos:

«HAL DIXMAN.

36 AÑOS. RAZA BLANCA. OJOS AZULES. CABELLO CASTAÑO. CINCO PIES Y CUATRO PULGADAS DE ESTATURA.

PADRES DIFUNTOS. UNA HERMANA, VANDA. CASADA CON RAY SHAKNER, HIJO DEL GOBERNADOR KARL SHAKNER.

RESIDENCIA: CENTROPOLIS, ZONA SUR, AREA RESIDENCIAL, 25, BLOQUE 32, APARTAMENTO 15. HABITUA! MENTE FUERA DE LA CIUDAD. ESCASOS AMIGOS. PROFESION HABITUAL: ESTUDIOS SOCIALES Y CIENTIFICOS. CARRERA DE QUIMICO ESPECIALIZADO, ACTUALMENTE AL SERVICIO DE LA *MODERN SCIENCE RESEARCH*. ESCASOS AMIGOS. INTROVERTIDO. HURAÑO Y SECO. POCO AMIGO DE REPORTAJES Y PUBLICIDAD.»

La grabación concluyó. Era suficiente. Me quedé pensativo, la mirada fija en la pantalla gigante de televisión de mi gabinete. Apagué de modo mecánico el proyector. Me quedé mirando a mi visitante. Y ella a mí.

—Y bien —murmuró—. ¿Qué le parece?

—Fascinante —dije—. Pero no entiendo nada, Cynthia, amiga mía.

Capítulo III

TOMÓ un sorbo de vino. Probó algo del plato que le había servido. Yo hice lo mismo. Nos miramos fijamente, a través de la corta distancia que nos separaba: la mesita en la terraza ajardinada de mi apartamento en la zona céntrica de la gran urbe.
—Excelente —ponderó—. No son alimentos concentrados ni deshidratados.
—No, no lo son —admití—. Nunca me gustaron. Soy un tipo chapado a la antigua. Prefiero la buena carne fresca, el pescado, las frutas….
—Habrá un día en que no tendremos nada de eso, Brooks.
—Lo supongo. Pero aún lo hay, aunque caro y escaso. Prefiero comer menos. Pero comer lo que me gusta. Y no ahorrar. Ni gastar en lujos superfluos. Buena mesa, buen vino… y un hogar para mí solo.
—Entiendo. No le gustaría tener familia. Una esposa, hijos… Todo eso le obligaría a lo que no le gusta. Y prefiere ser un lobo solitario toda su vida… pero con buena mesa y mejor bebida. ¿Es eso?
—Más o menos —reí, paladeando mi excelente filete. Casi no se notaba que estuviera congelado durante semanas enteras. Al lado de los alimentos deshidratados o comprimidos, era una auténtica delicia, en nuestra sociedad del aséptico e insípido Siglo XXI. Tras un sorbo breve de buen vino, añadí cautelosamente, alzando mis ojos hacia ella—: No soy enemigo de la familia ni el hogar. Tampoco amo la soledad. Lo que deploro es que vayamos perdiendo el sentido de las cosas buenas: la excelente cocina, el paladar, las bebidas con *bouquet* y todo eso. De igual modo, vestimos plásticos, vivimos sobre materiales sintéticos, respiramos un aire purificado por medios químicos, vegetamos en ciudades lineales, casi abstractas, frías y deshumanizadas, como si fuesen máquinas o monstruos inanimados. Somos simples números computados, como ese hombre, Hal Dixman, o como su hermana Vanda, o cualquier otro de nosotros. Basta tener unos datos para inscribirlos en Una máquina programada, y a cambio de una ficha perforada, obtendremos una descripción completa de nuestra vida. Somos simples cifras archivadas. Sin alma, sin espíritu, sin dimensión humana auténtica….
Hubo un silencio. Cynthia no dijo nada por unos instantes. Terminó asintiendo, muy despacio, pero con poco entusiasmo.
—Es nuestra época, nuestro modo de vivir. Es el progreso. Lo aceptamos con todo lo bueno y lo malo que tenía. Ya no podemos volvernos atrás. No existe la rebeldía, no hay guerras, revoluciones o sublevaciones de ningún .tipo, sean sociales, políticas o raciales. Esto es la perfección, recuérdelo, oficial Brooks.
—La perfección… —respiré con fuerza, desalentado—. Es lo establecido, Cynthia. Y no siempre lo establecido es lo mejor, salvo para aquellos que lo establecieron y los que están encargados de defenderlo.
—La policía se ha creado para eso, precisamente. Siempre existió para defender lo establecido. Y usted es un policía. ¿Ya lo ha olvidado, oficial

Brooks?
—No, no lo he olvidado. Pero me enseñaron que un policía defiende la Ley y el Orden, no lo que signifique tiranía o intereses privados.
—No hay tiranía ahora. Cada hombre es libre. Todo está controlado y programado, tal vez. Pero se aceptó así por gran mayoría, en elecciones democráticas. Usted mismo puede renunciar a su cargo hoy mismo. Nadie le obligaría a seguir. Ni le perseguirían por ello.
—Conforme. Pero yo no quiero dimitir. Yo quiero seguir. Ser policía. Investigar lo que se me encomienda. No tener que renunciar porque una autoridad ordene el sobreseimiento de un *dossier*, ¿comprende? Es eso lo que no admito. ¿Hubo una muerte violenta? Pues se aclara, y todos contentos. Caiga quien caiga. Creí que habíamos superado todo eso. Veo que todavía existen «intocables» en nuestra sociedad. Y eso no estaba programado. Ni siquiera establecido, Cynthia.
—Quizá no. Pero desde que el mundo es mundo, la jerarquía ha abusado siempre de su autoridad. Es algo que va con el hombre mismo, no con sus sistemas. Todo tiene un lado bueno y otro malo. Además, usted sabe ya lo que quería saber, ¿no es cierto? Pese a todos los frenos… sabe ya quién era el muerto. Y por qué estaba esa noche en casa de los Shakner, y por qué lo besó la señora Shakner….
—Sí, Cynthia. Gracias a su ayuda, sé muchas cosas que ignoraba —acepté, retirando mi plato, repentinamente perdido el apetito—. Sé que el Gobernador encubre por alguna razón a su familia. Y ni siquiera admitieron la identificación de Hal, del hermano de su nuera… ¿Por qué motivo? ¿De qué pueden servirme ahora estos datos, si estoy atado de pies y manos por orden de mis propios jefes?,
—Quizá se esté complicando la vida usted solo —me apuntó ella con cierta frialdad, cruzándose de manos sobre el mantel—. Acepte las órdenes. No las discuta. No vale la pena. Es un solo individuo en medio de una masa. ¿De qué serviría rebelarse? Nadie le iba a ejecutar o a desterrar, como en el pasado se sugería que llegaría a hacerse en nuestros tiempos con los rebeldes. Pero Se destituirían como policía. O le enviarían a un trabajo inferior, como una degradación. ¿Vale la pena, realmente?
Miré a la muchacha. Hubiera podido replicarle con acritud. Pero preferí no hacerlo. Le ataqué por un punto muy diferente:
—Cynthia, ¿realmente, vale la pena… que usted misma desobedeciera órdenes y me entregase un material informativo estrictamente prohibido? —apunté.
Bajó la cabeza la muchacha. La luz suave de mi gabinete, dio a sus rojos cabellos un matiz de seda escarlata, como si fuese cobre en finas hebras. Oí su voz, casi un murmullo a flor de labio:
—No sé… —musitó—. Tal vez sí valga la pena… según el uso que usted dé a todos esos informes, oficial Brooks.
—Usted no puede saber qué uso daré yo a esos datos. Por tanto, ¿qué le

impulsó a ofrecérmelos, contraviniendo las disposiciones severas recién dictadas? —extendí mi mano, y la apoyé encima de una de las suyas—. Sinceramente, Cynthia, muchacha… ¿por qué lo hizo?
—No sé —murmuró—. La verdad es que no puedo saberlo, no le mentí antes. De repente, he pensado que era injusto detener una investigación oficial. Y se me ocurrió que un hombre que pone en peligro su propio cargo por desobedecer órdenes superiores, merece una ayuda….
—¿Se da cuenta de que también usted corre peligro en su trabajo, si esto llegara a saberse? —la apunté, con tono sincero.
—Claro —admitió con tono grave—. Lo sé muy bien. De cualquier modo… ya está hecho. Y espero que sea para bien. Oficial Brooks, ¿qué va a hacer con esos datos, realmente, ahora que están ya en su poder? Moverse entre esa clase de personas, es todo un riesgo. El Gobernador o su hijo se darán cuenta….
—Usted lo ha dicho. Ellos *sí* se darán cuenta. Y tratarán de Impedir que siga adelante con esto. Pero Vanda Shakner no puede pensar Igual. Ella no. Recuerde que ella… es la hermana del hombre muerto. SI calla, habrá sido porque la obligaron a ello los demás: su esposo, su suegro… Ese es el punto que voy a tocar, les guste o no.
—¿Vanda Shakner?
—Sí, ella será mi primer paso —asentí enérgicamente.
—De modo que va a seguir adelante, pese a todo.
—¿Lo dudaba?
—No. Estaba segura de ello, oficial Brooks —afirmó ella, sonriendo Irónicamente.
—Sí, eso Imaginaba. Y quizá por ello ha venido hoy con ese video-tape. Quiere que se haga justicia por encima de todos. Es una buena chica, Y muy valerosa.
Procuraré mantenerla al margen de todo esto —dije con firmeza. Y antes de que ella pudiera esperarlo siquiera, hundí la casette con la grabación magnética en la ranura de los desperdicios. Un zumbido lejano y apagado, nos probó que la cinta había sido triturada y disuelta por los ácidos—. De todos modos, guardo en mi memoria todos esos datos. Y si realmente hubo un crimen, quiero que el culpable lo pague, Sea quien sea… y le proteja quien le proteja.
—¿Se cree usted más fuerte que el Gobernador, Brooks?
—No. La Ley es más fuerte que él o que cualquier otro hombre —afirmé—. Y con esa fe voy a luchar. Ah, por cierto, Cynthia… SI hemos de ser amigos, no vuelva a llamarme «oficial Brooks». Suena demasiado… solemne. Prefiero que me llame simplemente Alan. Es mi nombre, y no resulta mal del todo.
—Alan… No, nada mal —sonrió ampliamente la joven—. Sí, Alan, somos amigos. Y espero que no nos veamos unidos en ningún Infortunio.
—Yo también lo espero. Ocurra lo que ocurra, usted no tendrá nada que ver en ello, no tema. Nadie sabrá que Informática me proporcionó los datos

computados de Hal Dixman.
—Estoy segura de que será así. No temo por mí ahora… sino por usted. ¿No cree que será muy arriesgado visitar a… a la señora Shakner?
—Claro —sonreí—. Pero es Inevitable correr riesgos. Y ése es sólo el primero de todos. Presiento que, si quiero llegar a la verdad, habrá más. Muchos más….

* * *

—No sé de qué está hablando, señor….

—Brooks. Alan Brooks, señora. Y creo que sí sabe de qué estoy hablando. Existió una visita a su casa, hace dos fechas. Una- visita muy especial. Usted lo sabe.

El rostro pálido, alterado, de la joven ama de casa, reveló emociones encontradas. Sus dedos estrujaron nerviosamente un pañuelo, y giró la cabeza, para eludir mirarme. Oí su ronca voz Insegura:

—No sé quién sea usted, señor. Pero me molestan sus preguntas y su tono. Le ruego salga inmediatamente de mi casa. O tomaré ese teléfono… y será su mina, no lo dude.

—¿Mi ruina? —irte encogí de hombros, riendo entre dientes—. ¿A quién llamará, señorita? ¿A su esposo, o a su suegro directamente?

—Eso no es de su incumbencia en absoluto —cortó con aspereza—. Retírese inmediatamente. Estoy cansada. Y algo enferma. No puedo hablar con nadie.

—Lo imagino, señora. Ni siquiera estuvo usted en el funeral.

—¿Funeral? —se irguió, sobresaltada, con expresión medrosa. Sus manos temblaron—, ¿Qué funeral? ¿De qué está hablando?

—Bien lo sabe, lía debido ser un duro golpe para usted. Ni aun se le autorizó a estar presente en la incineración de los restos mortales de… de su hermano, Hal Dixman.

Un sollozo ronco se quebró en su garganta. Quiso protestar, sin duda, rechazar mi sugerencia, pero le faltó fuerza para ello. Le venció su propia angustia, su dolor, su tensión de todos aquellos días. Hundió el rostro entre las manos. Comenzó a llorar ahogadamente. La miré lleno de compasión.

—Mal… —oí que sollozaba—. Hal, querido… Yo no tuve la culpa. No pude hacer nada… Estoy… estoy como prisionera en mi propia casa,…, Si Rayo su padre supieran… supieran que estoy hablando de ello con usted… no sé lo que sucedería. Dios mío. Debe irse. En seguida. No conduce a nada que hablemos de ello. Está prohibido mencionar a Hal. El… él se ha ido.

—Sí, se ha ido. Para siempre. Pero ¿cómo, señora? ¿Qué pudo destruir a su hermano? ¿Quién fue capaz de semejante horror, desangrando aquel cuerpo y….?

—No, no, por favor. No siga. No podría soportarlo —jadeó—. Váyase. Todo eso ha sido archivado, olvidado, borrado… Hal, mi hermano… se fue lejos de Centrópolis. Oficialmente, ésa es la versión de su desaparición. No

hay otra. No busque más. Le… le destruirían. Tienen todo el poder. Ellos acabarían con usted si supieran que husmea en esto. Enviarían a la policía contra usted….

—Lo dudo mucho. Yo soy la policía, señora.

—¿Usted? —me miró sin entender.

—Oficial Brooks, de la Patrulla Social —informé, escueto—, He recibido órdenes de dejar el caso. Pero no pienso hacerlo. No, en tanto exista una muerte sin aclarar, unos hechos sin justificar. Señora Shakner, ¿por qué se trata de encubrir todo esto? ¿Quién pretende ocultar la verdad? ¿Su esposo, su suegro….? ¿Por qué vino Hal a su casa esa noche… y al día siguiente estaba muerto, desangrado, en la calle inmediata?

—Cielos, no… podría decírselo… Apenas si habló conmigo. Un momento, ahí, en esa terraza… Eso fue todo. No acostumbraba a venir por aquí con frecuencia. Me extrañó su visita. Me dijo… me dijo que teñía algo muy importante que decirle a mi marido, a Ray… Y que aunque lo había hecho, dudaba mucho de que él le creyera, de que admitiera la existencia de algo tan horrible….

—¿Eso le dijo su hermano?

—Sí, sí. Pero no concretó lo que ello pudiera ser. Sólo… sólo recuerdo que… que antes de marcharse, nos dimos un abrazo, me besó… le besé… y me dijo algo que no tenía el menor sentido. Entonces no podía ni imaginar que sería la última vez que le viera con vida, la última vez que oyera su voz….

—¿Qué le dijo él en esos momentos? Sea lo que sea… ¿puede recordarlo, señora? — insistí, con tono impaciente.

—Sí, puedo recordarlo, poco más o menos. Pero ya le digo que es algo incoherente. Como si dijera cosas que no encajaban. Llegué a dudar de su estado mental. Se le veía tan pálido, tan amedrentado, tan inquieto, mirando en torno, que llegué a pensar si estaría enfermo….

—Por favor, señora, deje los detalles —rogué—. ¿Qué fue, exactamente, lo que él le dijo en esos momentos?

—Me miró muy fijamente, me apretó con fuerza los brazos, y miró alrededor, como si la noche, las luces, el jardín mismo, encubrieran a un posible enemigo que yo era incapaz de ver y dijo algo así como: «Vanda, querida… Ahí, en las sombras… nos miran. Nos acechan. Están en todas partes. Son enemigos de la vida, del hombre, de todo… y pueden acabar con nosotros. Con todos. Sé que ocurrirá. Sé que terminarán con todo lo que existe, lo que palpita… Malditas… ¡Malditas todas! Son ellas, ¿entiendes? «Ellas»… Sí, Vanda, tú no lo entenderías jamás. Nadie quiere entenderlo, pero… pero están ahí, en todas partes, agazapadas, silenciosas, esperando devorarnos, dejarnos sin gota de sangre, sin rastro de vida… Son *ellas*… ¡ELLAS Vanda! ¿No entiendes? ¡Oh, no, nunca entenderás, nadie entenderá….! Ni siquiera… ni siquiera Brad Talbot… No, nadie me cree… y cuando quieran entenderlo, será tarde. Demasiado tarde para todos, hermana

mía….»

Bajó la cabeza con abatimiento. Lloraba ahogadamente. La oí añadir con voz sorda:

—Eso fue todo… Todo lo que dijo… poco más o menos….

Hubo un silencio profundo. La miré largamente. Yo también trataba de entender, preguntándome si esta mujer habría entendido bien, si me habría dicho las palabras tal y como él las pronunció… O si, tal vez, supo realmente Hal Dixman lo que decía en aquellos momentos….

—¿Está segura? —murmuré—. ¿Habló de… de «ellas»? ¿Mencionó a alguien… en plural y en… *en femenino*? —sugerí gravemente.

—Sí, eso es lo que dijo: *Ellas… Ellas…* Me intrigó tanto como a usted. No supe lo que daba a entender. Y afuera no había nadie Sólo el jardín, las luces, las cercas… y la noche. Nada más. Tal vez, realmente, Hal estaba enfermo….

—¿Enfermo? —repliqué—. ¿Y habló de… *ellas*, que estaban agazapadas, esperando *devorarles*, dejar sin gota de sangre ni rastro de vida? Así sucedió después con su hermano, señora Shakner….

—Sí, lo sé. Lo sé… pero no lo entiendo, oficial.

—Yo tampoco… —medité, frotándome el mentón—. Usted ha citado un nombre. El de alguien que citó su hermano… ¿Quién era?

—¿Brad Talbot? —ella me miró a través del velo de sus lágrimas—. Sí, lo mencionó. No era extraño. El… él es su mejor amigo. Un colega, un compañero de trabajo en el Centro de Moderna Investigación Científica… Es ingeniero químico, como él….

—Entiendo —asentí, mirándole gravemente. Fui hacia la puerta—. Bien, señora. Gracias por sus informes. Pero sigo sin saber por qué su suegro, el Gobernador, nos ha prohibido seguir adelante con esa investigación.

—Yo tampoco —gimió con voz quebrada—. Yo tampoco… pero tengo miedo….

Salí de la casa. La dejé llorando en su gabinete, bajo la cruda luz aséptica de su lujoso apartamento. Cuando me alejaba, sabía cuándo menos adonde ir ahora, aunque no tenía la más leve idea de lo que pudiera encontrar.

Iba en busca de Brad Talbot, químico de la *Modern Science Research*, colega y amigo del difunto Hal Dixman. Pero antes de eso, se me ocurrió una travesura malévola, que iba a hacer sin duda mucho daño al Gobernador.

Entré en una cabina pública de transmisión por telex. Eché unas monedas. Escribí rápido sobre el teclado, dirigiendo mi mensaje a un determinado lugar:

«REDACCION DEL *INFORMATIVO NACIONAL.*

IDENTIFICADO CADAVER DE LA VICTIMA DESANGRADA EN LA ZONA RESIDENCIAL 3. SE TRATA DE HAL DIXMAN, QUIMICO, HERMANO DE VANDA SHAKNER, NUERA DE NUESTRO GOBERNADOR.

FIRMADO: OFICIAL DE SEGURIDAD, ALAN BROOKS, NUMERO 302.»

Era una osadía. Iba a enfurecer al Gobernador y a mucha gente, incluso mi

propio jefe. Pero no pude evitarlo. Cuando menos, la gente iba a saber algo que le preocuparía. Eso produciría preguntas, campañas de Prensa, incluso. Al Gobernador iba a serle muy difícil manejar el asunto como hasta ahora, aunque a mí me costara el puesto. Sabía que el *Informativo Nacional*, tanto en su edición impresa como en la que saltara a las pantallas de televisión de aquella noche, no silenciaría mi informe enviado por télex público. Era demasiado jugoso para ello, y lo enviaba un agente de la División de Seguridad. Eso bastaría para ellos.

Por lo demás, estaba dispuesto a hacer frente a cualquier clase de peligro. Si era político, con la fuerza de mi carácter y mi rebeldía natural. Si era físico… con mi arma. La apreté con fuerza en mi bolsillo. No, esta vez no iban a sorprenderme. A menos que los enemigos fuesen invisibles, como parecía desprenderse de las palabras delirantes de Hal Dixman. Enemigos *Femeninos*, a juzgar por sus locas frases entrecortadas.

Ellas….

Sí, pero… *¿quiénes* eran «ellas»?

La respuesta, tal vez estuviera en los laboratorios donde Dixman prestara sus servicios. Allí, alguien parecía saber también algo acerca de… de «ellas».

Alguien llamado Brad Talbot.

Capítulo IV

—¿BRAD Talbot? Sí, señor. Lo encontrará allá, al fondo. Laboratorio Central, Sala Dos. Está trabajando, pero dada la hora, supongo que estará a punto de terminar su tarea — me dijo la auxiliar de bonito uniforme verde sobre espléndida figura, dirigiéndome una aséptica sonrisa—. No creo que le moleste si va usted personalmente, oficial Brooks.

Le di las gracias. Una credencial de la policía, obra milagros, incluso en un sitio como el edificio de la

Modern Science Research, en las afueras de Centrópolis.

Me encaminé a los laboratorios.

No hubo problemas para entrar. Las puertas, blancas y amplias, cedieron ante mí, accionadas por sus invisibles mecanismos magnéticos. Me encontré en una larga galería encristalada. A ambos lados, diversos laboratorios de investigación científica patrocinada por el Estado, servían de punto de trabajo a los hombres de batas blancas con distintivo azul. Los expertos químicos del Centro.

Cada laboratorio tenía una letra o un número, según fuese a mi izquierda o a mi derecha. Me aproximé al que ostentaba la cifra «2» en dorado. La vidriera cedió suavemente, deslizándose también sobre sí misma.

El único ocupante del laboratorio alzó la cabeza. Me contempló, reflexivo.

—Buenas tardes, señor Talbot —dije secamente.

—Buenas tardes —respondió, añadiendo con cierta ironía—. Casi noches, señor.

—Sí. Casi, casi —admití, acercándome a él—. ¿Le molesto?

—No —se encogió de hombros. Pero seguía mirándome, incómodo—. Ya terminaba. Dentro de unos minutos me iré a mi casa. Si es suficiente ese tiempo para usted, puedo concedérselo, pero no más. Tengo mi jornada de trabajo demasiado apretada, compréndalo.

—Lo comprendo. Estaré pocos minutos. Muy pocos, si usted me responde rápidamente a lo que deseo preguntarle, señor Talbot, —le mostré mi credencial—. Soy el oficial Brooks, de la Patrulla Social.

—Entiendo —entornó los ojos. Su recelo iba en aumento—. Un policía…

—Eso es. Un policía. La misión de nuestra Patrulla es velar por la seguridad de nuestra sociedad, protegiéndola de sus propios errores o peligros. Por eso estoy ahora aquí.

—Pues no lo comprendo demasiado bien, señor —manifestó Talbot con acritud—. Estos laboratorios son del

Estado. Aquí, nadie corre peligro ni necesita colaboración policial.

—Tal vez no tenga nada que ver con sus laboratorios, señor Talbot. Pero sí con usted.

—¿Conmigo? —frunció el ceño—. Era evidente que se comportaba hostilmente conmigo—. Le ruego que me aclare eso cuanto antes. Ya le dije

que dispongo de muy poco tiempo. ¿Qué tengo yo que ver con la policía, oficial?

—Quizá nada. O quizá mucho. Depende.

—Depende, ¿de qué?

—De su relación con Hal Dixman.

Se quedó callado. Apretó los labios. Noté un destello frío en sus ojos. Se dominaba, pero estaba inquieto. Muy inquieto. Cuando habló, su voz era áspera, agresiva incluso:

—Hal Dixman es un compañero de trabajo. Nada más. ¿Por qué lo menciona?

—¡Hal Dixman está muerto! —repliqué—. Asesinado por alguien. Por algo que sabía.

—Cielos, eso es imposible —rechazó vivamente—. Hal está fuera., fuera de la ciudad. Hemos recibido la notificación del Departamento de Dirección de estos laboratorios. Una misión especial para el Gobernador, creo.

—¿De veras? Lea esta noche los informativos. O vea la televisión. Sabrá lo que fue de Hal Dixman, desangrado en una calle de la ciudad, víctima de alguien… o de «algo», no sé.

—¿«Algo»? —repitió él. Y creí notar un sobresalto evidente en su tono—. ¿Qué es lo que está pretendiendo decirme, oficial Brooks?

—No lo sé muy bien. Quizá usted sí lo sepa. Cuando menos, Dixman se lo mencionó, y usted rechazó la idea. Dixman le habló de… de *ellas*, ¿ya lo ha olvidado?

—*¿Ellas?* —me pregunté si era terror repentino o asombro infinito lo que reflejaba, aun sin quererlo él, en estos momentos—. Cielos… No, eso no tiene sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido, señor Talbot? —le apremié—. Tenga en cuenta que ésta es la investigación de un asunto criminal, que un amigo y colega suyo ha muerto, aunque al Gobernador, no sé por qué, le interese seguir callando la verdad, y que hemos de saber por qué ha sido muerto, ya que será la única forma de hacer justicia y de evitar, quizá, otras muertes semejantes.

Talbot me contemplaba, perplejo, lleno de preocupación, muy pálido su rostro. Sacudió la cabeza, murmurando entre dientes con tono ahogado:

—No, eso no es posible. No puede suceder lo que él temía… No tiene sentido, es un puro absurdo, dijese Hal lo que dijese….

—Señor Talbot, eso es lo importante, la clave de todo esto. ¿Qué dijo, exactamente, Hal Dixman? ¿Qué o quiénes son «ellas»?

Tal vez Talbot hubiera contestado en ese momento. Tal vez muchas cosas se hubieran podido evitar, de suceder así las cosas. O tal vez todo hubiera ocurrido igual. Nunca podrá saberse, porque en ese momento, algo interrumpió a Talbot.

Fue un intercomunicador, en el laboratorio, a espaldas suyas. Zumbó insistentemente, y el químico se disculpó conmigo, nerviosamente.

—¡Disculpe, oficial! —me dijo—. Debo atender esa llamada. Seguiremos hablando….

Acudió al micrófono adosado al muro. Descolgó un auricular plano, que adhirió a su oreja. Habló en voz baja y con rapidez, pegado al micro. Le vi mirarme de soslayo en dos o tres ocasiones. Su piel transpiraba. Resoplaba al hablar. Finalmente, colgó. Se acercó a mí y le vi desprender su batín blanco, con el distintivo azul del Centro de Investigación.

—Lo siento —habló—. Debo irme inmediatamente. No puedo atenderle por más tiempo.

—Un momento —corté—. Usted parece haber olvidado que estábamos hablando de un asesinato, de un hombre muerto que se llama Hal Dixman, de unas personas del sexo femenino a quienes citó Dixman, y que usted parece conocer tan bien como él… Acabemos la charla, Talbot, y luego podrá irse a cualquier sitio. Pero no antes.

—Escuche, oficial Brooks, no es usted quién para darme órdenes —se engalló él —. Tengo trabajo urgente por hacer, y no puedo atenderle, eso es todo, le guste o no.

—Y yo tengo otro trabajo por cumplir, mucho más importante que ningún otro. Soy un policía en acto de servicio y le exijo que….

—Miente usted —me cortó con acritud Talbot—. Es un policía, sí. Pero no está en acto de servicio. Acabo de enterarme de eso. Y de algo más, que me han pedido le notifique yo mismo. No quería hacerlo, pero ya que me obliga, lo haré: Oficial Brooks, por orden gubernativa, está usted suspendido en su cargo por tiempo indefinido. ¿Lo entiende? Ya no es un policía. Y era el propio Gobernador quien me lo comunicaba hace unos instantes….

Me dejó de una pieza. Abandoné el laboratorio, como avergonzado de todo aquello. Pero también asustado por algo. Me dejó solo, bajo las frías luces brillantes del laboratorio. Sacudí la cabeza, perplejo.

—Ya hizo efecto mi información a los rotativos y noticiarios —suspiré.

Y era cierto. Cuando abandoné el edificio de laboratorios, un gigante de vidrio y plástico erguido en la noche, con la hermosa, radiante ciudad como fondo, las grandes pantallas de información pública, en calles y carreteras, exhibían ya las letras cambiantes de las noticias:

«LA POLICIA IDENTIFICA A UN HOMBRE ASESINADO. HAL DIXMAN, QUIMICO DEL ESTADO, HA SIDO LA PERSONA MISTERIOSAMENTE DESANGRADA. HAL DIXMAN ERA HERMANO DE LA ESPOSA DE RAY SHAKNER, HIJO DE NUESTRO ACTUAL GOBERNADOR.»

Evidentemente, la noticia irritó y enfureció a los Shakner, padre e hijo. Mi rebeldía había tenido su precio: estaba despedido. Había dejado de ser policía, y difícilmente volvería a serlo.

Subí a mi coche electrónico. Pero antes de ponerlo en funcionamiento, vi salir precipitadamente del edificio a Brad Talbot. Me acurruqué en el interior de mi vehículo, para no ser visto.

El miró a uno y otro lado, precipitándose luego hacia otro electro-car, en el que subió, partiendo con rapidez, autopista adelante. Le seguí sin vacilar, a prudencial distancia.

Poco después, la superciudad nos engullía a ambos en su radiante laberinto de avenidas y pistas, deslizándonos sobre el suelo terso, de plástico gris.

No se detuvo hasta llegar a una cabina pública de videófono. Entró en ella e hizo una llamada nerviosa. No logró comunicar, y salió de ella presuroso, con evidentes signos de inquietud. De nuevo en marcha por la ciudad, sin que advirtiera mi presencia tras de él, hasta que alcanzó el edificio del Gobierno.

Me detuve a prudencial distancia. Entró en el mismo, y no me atreví a seguirle. Era demasiado arriesgado. Si el Gobernador Shakner estaba tan furioso como yo imaginaba, apenas me encontrara dentro del edificio, sería detectado. No me cabían dudas de que el Gobernador habría proporcionado mis datos exactos a su guardia personal e incluso a los detectores magnéticos, para localizarme lo antes posible y, tal vez, reducirme a la impotencia total, mediante un arresto disciplinado.

Así eran las cosas. En el que imaginé nuestro actual mundo, perfecto y honrado, existía aún la vieja lacra, el maldito cáncer de todos los tiempos: la corrupción política, la mentira y el abuso de poder. Era indignante, pero indignarse no resolvía nada. Era preferible luchar, enfrentarse al mal y tratar de extirparlo, aun con riesgo de la propia vida.

Me sorprendí. Talbot tardó muy poco en regresar al exterior. Y parecía mucho más nervioso y excitado que al entrar allí. Me pregunté qué podría sucederle en estos momentos. Pero, ciertamente, todo eso no presagiaba nada bueno.

Tomó de nuevo su vehículo y partió hacia otro lugar. Yo no cesaba de seguirle, preguntándome adónde conducirían sus precipitados pasos de esta noche. Pronto lo adiviné, dado el rumbo que daba a su vehículo de motor electrónico: la vivienda de Ray Shakner.

Se detuvo muy cerca de la edificación donde vivían los Shakner. Le vi llegar a la entrada, tomar un comunicador interior y preguntar algo. La respuesta debió ser negativa, porque colgó el interfono con irritación, y regresó hacia su vehículo casi rabiosamente.

Era evidente que las desesperadas diligencias que esta noche desarrollaba Brad Talbot, no tenían el menor éxito. Me pregunté adónde iría ahora, dada la rabia con que conducía su vehículo, a gran velocidad por la ciudad, semidesierta a aquellas horas.

Le vi llegar a un amplio aparcamiento, frente a un club social de gran importancia, cuyas luces parpadeantes destellaban distancia. Le imité. A distancia, seguí sus pasos por la senda, entre macizos floridos, camino de las grandes cristaleras del edificio. Entró, y dejé pasar unos instantes, antes de seguirle. Una simple ojeada bastó.

Estaba en una de las mesas del local, separadas entre sí todas ellas por tabiques rojos, a modo de reservados. Frente a él se sentaba un hombre joven,

fornido y combativo, cuyo rostro me resultó inmediatamente familiar.

Era Ray Shakner, el hijo del Gobernador.

Ante él, tenía una copa de licor rosado. Talbot ni siquiera se había sentado. Erguido, apoyadas sus manos en la mesa, hablaba nerviosamente con el hijo del Gobernador. Yo, cautelosamente, me deslicé por la sala, en medio de su tamizada luz anaranjada, hasta alcanzar el compartimiento inmediato. Me senté, apoyando mi oído en el tabique, procurando captar sus palabras.

Aunque el local estaba insonorizado, capté los murmullos de ambos.

—Por favor, Talbot, siéntese y tranquilice sus nervios —decía suavemente la voz del joven Shakner— No podemos discutir así….

—¡No puedo, señor! —le atajó Talbot nerviosamente—. No hay tiempo para nada, si todo eso es cierto, y usted lo sabe.

—Por Dios, Talbot, está fuera de sí. Serénese. Hablaremos de todo ello, encontraremos una solución. Usted sabe que eso no puede ocurrir, que su amigo Dixman estaba equivocado….

—¡A *él* le ha ocurrido, señor! —se enfureció Brad Talbot con voz tensa—. Está muerto. Y sabemos bien *cómo* ha muerto. Como él pronosticó que empezaría todo esto….

—Vamos, vamos, todo será una simple coincidencia, una casualidad desgraciada. No tiene sentido imaginarse tonterías. Dixman tenía demasiada imaginación, mucha fantasía, para ser un científico. Usted es diferente, Talbot.

—Tal vez sea diferente, pero cuando él me habló de ello, no creí una palabra. Luego… luego empecé a tener mis dudas. Y hoy, hablando con ese policía, comprendí que….

—Ese policía no sabe lo que se dice. ¿Quién es él, para saber nada? Un vulgar patán, un funcionario rutinario, eso es todo. Además, ya ni siquiera es policía.

—Exacto. ¿Por qué, señor Shakner? ¿Por qué su padre le ha destituido? ¿Porque tiene razón? ¿Porque molestan sus pesquisas? ¡Ustedes son los primeros que están obligados a decir lo que sucede!

—Cálmese, amigo mío —suspiró el joven Shakner—. ¿Qué es lo que sucede? Que Dixman ha muerto. Pudo ser víctima de un asesino vulgar.

—¿Desangrado también?

—¿Por qué no? Cualquier explicación es más lógica que la que usted pretende.

—Pero él lo dijo, lo presagió… Sus investigaciones, su hallazgo… Aseguró que empezaría así. Y continuaría luego… hasta el fin. Le… le habló de… de *ellas*, como a mí. Le dijo a usted que *ellas* nos atacarían, nos destruirían… Esto es sólo un tanteo, una prueba de su terrible poder….

—Tonterías. Esto no es nada. Está dejándose llevar por el nerviosismo. No podemos provocar un terror colectivo, avisándoles de algo que, por otro lado, nadie iba a creer fácilmente… Amigo mío, quiero que entienda esto: estamos investigando a fondo la cuestión, pero nada hace suponer querías cosas sean como usted y Dixman tomen.

—¡Pero si «ellas» actúan como él intuyó… sería espantoso! ¡Nadie saldría con vida de este caos, señor Shakner! Sería la muerte para todos. Y eso no puede permitirse, hay que advertir a la gente, lo crean o no, darles pruebas de ello….

—¿Pruebas? ¿Qué clase de pruebas? ¿Existen, realmente? ¿Sólo porque un hombre ha muerto de modo violento e inexplicable? Vamos, vamos, no delire. Si ocurriese algo, también mi padre; y mi familia toda, y yo mismo, correríamos igual peligro. Y ya ve: no nos preocupa en absoluto, no tememos nada, porque nada de eso va a suceder, desengáñese….

—¿Y… y «ellas»? —musitó ahogadamente Talbot,

—«Ellas»… —repitió Shakner con un suspiro—. Por Dios, siempre estuvieron donde están. Y nunca hicieron nada a nadie, ¿Por qué habría de ser diferente ahora?

Hubo un silencio, una pausa tensa entre los dos hombres. Finalmente, la *voz* de Talbot sonó abrupta:

—¿Es lo único que tiene que decir, Shakner?

—Sí, lo último. Vaya a casa y tranquilícese. Ah, y no se le ocurra hacer público nada de todo ese disparate. Lamentándolo mucho, tendríamos que hacer una declaración oficial, afirmando que usted… está enfermo. Rematadamente loco, ¿comprende?

—Comprendo, sí… —jadeó Talbot—. La Ley del silencio… ¡Usted, que es miembro de la Comisión de Sociología… renuncia a ayudar a la sociedad que dice re- presentar!

—Ya basta, Talbot. Ha dicho demasiado. Márchese, repose hoy tranquilo, y mañana lo verá todo diferente….

—¡Diferente! —mascul1ó con ira Talbot—, Usted sabe que eso no será ya posible. Usted sabe que esto irá a peor. Que nuestros actos y nuestras palabras serán vigilados. Que «ellas» tienen millones de oídos y de ojos invisibles, fijos en todos y cada uno de nosotros… Es una horrenda trampa de la que no hay escapatoria… ¡y ustedes ni siquiera creen en ello, porque no conviene a sus propios intereses, malditos sean todos!

Salió del local violentamente, derribando la bandeja de un camarero. Shakner se quedó mirándole, ceñudo, preocupado. Yo le observé desde otro rincón, mientras con el rabillo del ojo estudiaba la carrera de Talbot en el exterior, rumbo a su coche.

—No se preocupen —dijo Shakner, con forzada sonrisa al camarero—. Ese hombre es un buen científico. Pero está enfermo. Trastornado. Tendré que avisar al Centro Médico para que se haga cargo de él sin pérdida de tiempo… y le internen hoy mismo.

Se encaminó a un comunicador. Yo no esperé a más. Si me veía, si me identificaba, el paso siguiente estaba claro: me habían destituido como policía. Luego, me internarían en una clínica de enfermos mentales, como pensaban hacer con Brad Talbot, Era un medio fácil y poco violento de deshacerse de un hombre que sabía demasiado.

Por eso opté- por seguir a Talbot, fuera del edificio del club social. Ya arrancaba con su coche, a desesperada marcha. Tuve que precipitarme para poder salir a la pista y seguirle con garantías de éxito.

En mi mente, mientras conducía en pos de Brad Talbot, una palabra se repetía con agobiadora, obsesiva insistencia:

Ellas… «ellas» *ellas*… ELLAS….

Cielos, ¿quiénes eran «ellas»? ¿Dónde estaban y cuál era su naturalidad?

Algo parecía seguro: «ellas» no vigilaban, nos acechaban. Y estaban a punto de caer sobre nosotros. Sobre todos nosotros… arrancándonos sangre y vida….

Capítulo V

CUANDO me di cuenta, tuve que retroceder.

Había perdido de vista el electro-car de Talbot. *No* había ningún vehículo delante mío, en la desierta avenida de Centrópolis.

Regresé atrás, en busca de una posible pista. Me costó varios minutos localizar el paradero del vehículo. Finalmente, descubrí su bruñida carrocería verde manzana, allá en una plazuela recoleta, entre jardines de brillantes flores multicolor.

Aparqué en lugar prudencial, donde no pudiera ser visto fácilmente, si él regresaba a su coche, y me aproximé al punto donde se hallaba detenido su vehículo. Entendí inmediatamente.

Allá, a poca distancia, el parpadeo de las luces de un bar atrajo mi atención. Talbot había elegido el más viejo recurso del mundo para mitigar su disgusto, para sofocar su ira y controlar sus emociones desatadas: el alcohol.

Unas copas eran la única idea que le había logrado sacar de su carrera exasperada, metiéndole en un local nocturno. Mala solución era ésa, pero yo tampoco le veía ninguna, si empezaban a hacer de él una pieza de cacería en la jungla plástica de la urbe, para silenciar todo cuanto él sabía.

Era preciso que yo hablara con él, antes de que le enmudecieran de modo definitivo, aislándole en un establecimiento psiquiátrico. Shakner padre e hijo podían hacerlo fácilmente, sin que la gente hiciera preguntas.

Avancé resueltamente hacia el bar. Si él bebía, yo también bebería. Pero iba a avisarle de lo que le esperaba si no buscaba pronto y bien un camino de evasión. Iba a tratar de ser su cómplice, salvarle de la reclusión… a cambio de algo. A cambio de la verdad, fuese cual fuese. La verdad, desnuda y clara. Era todo lo que yo quería, a fin de cuentas.

Me envolvió la luz parpadeante, amarillenta y verde, de la entrada al local nocturno. Frente al mismo, se alzaban los setos de un pequeño jardincillo público, alimentado, como todos los de la ciudad, por baterías de energía solar. Los espacios verdes eran obligados en toda estructura urbana de nuestra época. Las antiguas experiencias en ese terreno, con el olvido de los gobernantes hacia las más elementales reglas de respeto a la vida y la salubridad humanas, especulando con el suelo y edificando monstruosidades urbanísticas, habían aconsejado esta asepsia actual.

Por desgracia, existían poluciones que aún no estaban erradicadas: la moral, por ejemplo. Todavía era posible que un Gobernador silenciara a gentes que sabían algo. Aún era factible en nuestro utópico mundo del siglo XXI, que unas jerarquías jugaran con la vida y destino de los demás.

Dejé de pensar en todo ello. Me dispuse a entrar en el local, bajo los guiños de luz fluorescente.

Y entonces le vi.

Estaba más allá del bar. En un rincón de la calle, adosado a un muro gris.

Muerto. Desangrado. Como Hal Dixman.

* * *

Se erizaron mis cabellos mientras me aproximaba a él, vacilante, inseguro, lleno de un principio de sentimiento de horror indescriptible.

Sí, era cierta mi primera impresión, desgraciadamente. Muerto y desangrado. Su cuerpo y su rostro tenían un color céreo, casi blanquecino. Los ojos, desorbitados, la boca convulsa. Ni rastro de sangre. Como si, pese a los escasos minutos que hacía de aquella muerte, alguien hubiese liquidado cuidadosamente el suelo, las paredes….

Me incliné sobre Talbot. El frío de su piel me estremeció. Además de desangrado, el cuerpo quedaba como helado. Igual que si algo gélido hubiera estado en contacto con él durante los espantosos momentos de la agresión.

Abrí su boca a viva fuerza. Allí estaba. Tumefacto, negruzco, horrible: el punto de succión de su sangre. La lengua, mutilada, destrozada. El caudal de sangre brotó por allí, hacia alguna otra parte. Y no dejó huella alguna.

—Pobre Talbot… —le contemplé tristemente—. Ya no dirás a nadie lo que sabías… Quizá tuviste razón. Tal vez millones de ojos y de oídos nos acechan en derredor, sin nosotros saberlo….

Miré en torno mío. No vi nada ni a nadie. Pero sentí un escalofrío, como si, realmente, esos ojos y oídos invisibles estuvieran allí, demasiado cerca de mí, vigilándome malignamente en la noche.

Luego, tuve una repentina idea. Registré los bolsillos de Talbot. Hallé su tarjeta de identificación, que no toqué. Y una pequeña agenda en su bolsillo superior, que pasó a mis propios bolsillos. Era todo cuanto llevaba, así como un pequeño talonario de «créditos» para pagar adondequiera que fuese. Tampoco toqué eso.

Me alejé resueltamente, dejando allí el cadáver. Sabía que era inútil avisar a las patrullas policiales. Este nuevo crimen sería silenciado, ocultado por las autoridades. Pero yo tenía aún en mis manos el arma para evitarlo, antes de que el Gobernador y su hijo pulsaran los resortes adecuados.

Entré en una cabina de télex público. Envié mi segundo mensaje al *Informativo Internacional*:

«HOY HA SIDO MUERTO BRAD TALBOT. QUIMICO DEL ESTADO, COLEGA Y AMIGO DE HAL DIXMAN FUE IGUALMENTE DESANGRADO. EL SABIA QUIÉN MATO A SU AMIGO. SU CADAVER APARECIO ESTA NOCHE CERCA DEL CLUB *STAR*, EN LA ZONA 36,

FIRMADO: OFICIAL BROOKS, DE PATRULLA SOCIAL.»

Por rápido que fuese el Gobernador en notificar mi destitución y pedir silencio a los medios informativos, el télex aparecería, cuando menos, en las pantallas informativas de televisión. Y me conformaba con eso para poner en apuros a nuestra máxima autoridad. Tendría que inventarse algo para calmar a la opinión pública.

Pero lo cierto es que yo también tendría que inventarme algo, si quería

eludir su revancha. Posiblemente no se conformarían ya con mi destitución, sino que intentarían por todos los medios silenciarme e inmovilizarme por completo, para que no fuese un estorbo en su camino.

Ahora estaba seguro de que, por alguna razón, a nuestras autoridades no les interesaba que se conociera la naturaleza de esos crímenes. Ni, por supuesto, la existencia de… de «ellas»….

* * *

—¿«Ellas»?

—Sí, Cynthia —afirmé, terminando de preparar rápidamente mi escaso equipaje—. «Ellas». Ese es el peligro. Es la muerte.

—Pero… ¿Qué significa?

—No lo sé —cerré el maletín, plano y ligero, con todo lo indispensable. Miré en derredor, a mi apartamento, que debía abandonar lo antes posible—. La verdad es que no sé apenas nada de todo esto. Pero hay algo o alguien que provocaba el terror de Dixman y de Talbot. Parece ser que con toda razón. Ese algo… lo denominaban con el nombre- de «ellas».

—¿Mujeres, tal vez?

—Por los hechos, parecen mujeres-vampiro —murmuré con disgusto—. Succión de sangre, la muerte por desangramiento total… Dios mío, suena a disparate, pero pudiera ser eso.

—Vampiros en el siglo XXI… Por Dios, Alan, ¿cree de verdad en esa posibilidad?

—No —me encogí de hombros—. Pero es la única que se me ha ocurrido. Vamos, hay que salir de aquí cuanto antes. Hubiera sido mejor que esta noche no estuviera usted esperándome, pero… ya que han ocurrido así las cosas, Cynthia, salgamos juntos de casa. Y luego, aléjese de mí cuanto pueda. No le reportará bien alguno que sepan que usted es mi amiga, se lo advierto.

—¿Salir? ¿Adónde piensa ir, Alan? —Me preguntó ella, inquieta, pero dejándose tomar por una mano, mientras en la otra llevaba mi maletín—. ¿Cree, realmente, que peligra aquí?

—Mucho más de lo que imagina. A partir de ahora, esta ciudad toda será una trampa para mí o para cualquier otro que sepa algo de «ellas». Por eso le ruego que no mencioné nada a nadie, que no hable de ello a persona alguna, sea quien sea… Prométamelo, Cynthia. No quisiera que usted también se viera amenazada por los que quieren mantener el muro de silencio en torno a un sangriento y horrible secreto que no logro imaginar. Prométalo, Cynthia, por favor.

—Prometido —aseguró ella severamente, afirmando con la cabeza—. No diré nada a nadie, esté seguro de ello. Aunque en realidad, tampoco sé gran cosa como para que peligre mi vida o mi libertad por ello….

—Basta con sospechar algo, con saber que está sucediendo algo espantoso que no sabemos lo que pueda ser, Cynthia. Vamos ya. Cada minuto aquí es un riesgo más a la cuenta….

Salimos del apartamento que yo había ocupado hasta entonces. Dejaba allí muchas cosas, muchos recuerdos: mi insignia de policía, mi credencial, mis cosas, mis objetos habituales, mis libros. Muchas cosas, no me servían ya de mucho. Otras, no podía llevarlas conmigo. Pero sí conservaba mi arma y mis cargadores de munición. Era lo único que consideraba imprescindible, dada la situación. Lo único que no deseaba abandonar bajo pretexto alguno.

Apenas si habíamos llegado a la puerta del ascensor, cuando la cabina se detuvo en nuestra planta, y comenzó a deslizarse la hoja plástica de acero. Fugazmente, vi asomar a varios hombres.

Eran agentes especiales de la Guardia Gubernativa, con su inconfundible uniforme color marrón claro y galones plateados. En sus pistoleras, vi sus armas enfundadas. Rápido, tiré de Cynthia, ocultándonos ambos en un recodo del corredor. Desde allí, conteniendo la respiración, vimos cómo el grupo, formado por cuatro agentes, se encaminaba hacia mi puerta. Sólo uno de ellos quedó atrás, cubriendo toda posible salida, entre el ascensor y el acceso de la escalera… que era justamente el que nosotros ocupábamos ahora como escondrijo.

—Mire —susurré—. Es la prueba, ¿no?

Sí. Era una prueba. Ella asintió también, a la vista de los acontecimientos. Los agentes del Gobernador golpeaban mi puerta. Al no recibir respuesta, utilizaron una llave maestra, de tipo magnético. Bloquearon el circuito, y la puerta se abrió, sin problemas.

Entraron en tropel en mi apartamento. Tiré de la mano de Cynthia con rapidez.

—Vamos —susurré—. Dentro de unos momentos será demasiado tarde….

Corrimos sigilosamente, escaleras abajo. Creo que nunca he ido más deprisa. Ni ella tampoco. Alcanzamos la planta baja, cuando ya el indicador del ascensor marcaba una flecha roja, descendente. ¡Los agentes del Gobernador venían hacia el vestíbulo del edificio!

Atravesamos el amplio *hall*, y al llegar a la puerta, frente a los jardines, descubrí a los dos hombres de uniforme marrón. Estábamos rodeados, cercados. Los dos agentes de la policía gubernativa nos cerraban todo escape posible.

Me vieron. Me identificaron. Sin duda les habían provisto de una fotografía detallada mía.

—Malditos… —murmuré—. Va a ser tarde también para usted, Cynthia. Nunca debió venir esta noche. Ahora ya saben que va conmigo. Creerán, incluso, que sabe más de lo que sabe. Tiene que huir.

—¿Huir? Dios mío, ¿por qué? Mi trabajo, mi hogar, mis padres… —gimió Cynthia, palideciendo.

—Lo siento. La enviarían a un sanatorio de enfermos mentales. La tomarían por loca, sólo porque las autoridades lo dirían.

—¿Es posible, Alan? Este es un mundo libre….

—Oh, por supuesto —dije, sarcástico, corriendo con ella en dirección

opuesta a la de los otros uniformados que ya se dirigían hacia nosotros, para cerrarnos toda salida—. Hace siglos que se engaña a la gente con falsas libertades que nunca fueron ciertas. Durante años y años, los hombres hemos vivido esclavos de nuestros gobernantes, pero engañados con huecas palabras. Ahora… todo sigue igual, por desgracia, cuando a los políticos les interesa que sea así.

—¿Qué están encubriendo, Alan?

—No lo sé, pero sin duda es algo terrible —me detuve. Súbitamente, por la salida lateral del edificio, habían emergido también dos agentes de uniforme. Era el bloqueo en toda regla. Me sentí importante, pero maldita la gracia que me hizo comprobar que yo era el objeto de tanto despliegue policial—. ¡Vamos, hay que salir como sea, Cynthia!

¡Usted limítese a seguidme sin vacilar, sin la menor pregunta ni duda! ¡Adelante!

Y me precipité sobre los dos policías gubernativos que nos cerraban aquella salida. Era el momento de jugarse el todo por el todo.

Y me lo jugué. No podía hacer otra cosa, a fin de cuentas. Era el clásico hombre acorralado ante un muro. Había que estrellarse contra él. O intentar saltar. Yo intenté saltar. Aunque me rompiera la crisma.

Casi me la rompo. Me precipité sobre ellos con todas mis energías. Ambos agentes me vieron venir, y gritaron mutuamente, avisándose. Les vi llevar la mano a sus armas. Yo hubiera podido esgrimir la mía, disparar… Pero no pensaba en semejante cosa. No quería matar a nadie, y menos a un agente de la autoridad. Yo no era un policía ya. Pero tampoco era un asesino.

Llegué ante ellos. Tuvieron el tiempo justo de empuñar sus armas. Sólo eso. Les ataqué con sus propias armas. Les golpeé a ambos a la vez, con un salto elástico, con un impulso violento y formidable, que disparó mis piernas contra uno de ellos, pero al mismo tiempo que mi cabeza golpeaba al otro en el estómago, secamente. Caí a tierra, pero ellos conmigo. Y antes de que pudieran incorporarse, mientras uno lanzaba un grito ronco y el otro un jadeo de dolor, fui yo quien me incorporé de un salto.

Les pegué de nuevo, sin contemplaciones. Un puntapié seco, a uno de ellos, en el mentón. Rodó, con un gruñido sordo, y se quedó quieto, inconsciente. Al otro, le alcancé con mi puño en el hígado, por dos veces. Y una tercera contra la oreja y la sien, lo derribó como a una res. Se quedaron quietos en los escalones que descendían hacia los jardines del edificio.

Corrí hacia ellos vertiginosamente. No necesité avisar de nuevo a Cynthia. Ella corría igual que yo, se precipitó apenas vio caer a los policías del Gobernador, procurando poner la mayor distancia entre ella y el lugar de nuestro choque. Tuve que ir tras ella para darle alcance. Cynthia era una muchacha muy ágil y muy segura de sí misma. Lo estaba demostrando en todo cuanto hacía. Sobre todo ahora, por fortuna para ambos.

Alcanzamos mi vehículo cuando los demás policías gubernativos aparecían en la puerta de la casa, en pos nuestro. Corrimos mucho también al abrir la

portezuela y acomodarnos. Arranqué, y pulsé la tecla de máxima velocidad de mi motor electrónico. El vehículo voló virtualmente por las vías urbanas, cuando ya nuestros perseguidores iniciaban la carrera hacia sus propios coches-patrulla.

Por experiencia, yo sabía que utilizaban vehículos de velocidad especial. Pero, por desgracia para ellos, mi vehículo era también muy especial, ya que acostumbraba a utilizarlo en mis actividades profesionales, y poseía una supervelocidad apropiada para un policía de servicio.

Al mismo tiempo, hice funcionar la sirena policial agudamente. A su sonido, todo tráfico se interrumpía inmediatamente, dejándonos paso franco. Tras de nosotros, no tardando mucho, zumbaron los electro-cars de la policía. Iban en busca nuestra. Era una caza despiadada a través de la gran urbe, en la noche silente sin apenas tráfico en las grandes vías lineales, entre edificios grises, fríos, rígidos, rodeados de césped, de jardines, de setos y flores artificialmente cultivados.

—Y bien…, Ahora… ¿adónde?

Miré de reojo a Cynthia. Y ella a mí. Hice un gesto expresivo. Miré ante mí, a las desoladas vías urbanas, bajo raudales de luz azul, tan desnuda y fría como las estructuras arquitectónicas,

—¿Adónde? —musité—. Si yo lo supiera, Cynthia….

La muchacha de Informática se echó a reír de repente. La miré, asombrado. En esta situación, resultaba casi fantástico oír una risa humana. Especialmente, una risa de Cynthia. Ella sabía hacerlo. Sonaba musical, melodiosa. Alegre, jovial, casi burlona. Como mofándose de todo lo que nos rodeaba. Hasta de nosotros mismos y de nuestro destino.

—Perdone —dijo, al ver mi gesto. Se puso más seria—. No sé por qué tuve que reír.

—Yo tampoco —admití, sonriendo duramente—. No es ocasión, Cynthia.

—Lo sé. Es todo muy difícil, ¿verdad?

—Sí. Mucho. Para ambos. Lamento no haberlo podido evitar. Ya se lo dije: nunca debió volver a verme. Pero eso está ya hecho. No tiene remedio. De modo que… estamos embarcados en una misma nave. Y ambos nos iremos a pique, no tardando mucho.

—Parece muy seguro de que no haya remedio, Alan. Como si estuviéramos condenados a muerte los dos, o poco menos….

—¿A muerte? —me encogí de hombros—. No sé… Creo que puede ser eso. O algo peor. He visto en poco tiempo a dos hombres muertos. Su modo de morir no fue agradable. Ni siquiera lógico. Ni normal. Era… era una violencia extraña, nueva… diferente.

—¿Diferente?

—Sí, Cynthia. Diferente. Por completo. Una diferencia que estriba en algo. O en todo. En el modo de perder la vida, de ser desecados por una fuerza atroz y horrible. Me pregunto si la muerte, en sí misma, puede adoptar formas diferentes y peores. Creo que se puede morir con cierta resignación, cuando la

muerte llega por una enfermedad, por un golpe, por un disparo, por algo que todos conocemos y podemos combatir. Pero eso… eso es distinto. Es como si la muerte estuviera en todas partes. Y pudiera caer sobre nosotros, engullimos sin defensa posible, sin conceder oportunidades.

—De cualquier modo que sea… es la muerte. Y la muerte siempre es igual. ¿O no, Alan?

—No. No es igual. Porque es otra clase de muerte. Es una monstruosidad. Es… es un azote horrendo, capaz de absorber sangre. Son… *ellas.*

—¡«Ellas»! Ni siquiera sabemos qué son… o si existen, realmente.

—Existen, Cynthia. Sean lo que sean…, existen. No sé lo que son, ni cómo lo hacen. Ni por qué. Pero están agazapadas. Esperan. Van a atacar. Van a destruimos. Y nadie nos escucha. Nadie nos cree. Y quien puede hacerlo, por una razón que no concibo… nos niega toda posibilidad. Quien diga algo, está loco. ¿Modo de evitar el pánico? Pudiera ser pero… lo dudo. Lo dudo.

—¿Qué puede moverles, entonces? —dudó Cynthia, abriendo sus ojos con sorpresa—. Es el Gobernador, de él depende la seguridad de la ciudad… Son millones de seres….

—No, no es eso. No creo que sea eso, Cynthia.

—¿Qué, entonces? Imponer el silencio, perseguir a quienes quieren decir algo… a quienes saben algo… ¿Qué significa eso?

—No lo sé. Existe algo por medio. Algo que ellos pretenden proteger, sea lo que sea. Dios mío, posiblemente sea sólo una simple cuestión de intereses… y por ella están poniendo en peligro a toda una serie de millones de personas… Acaso a toda la Humanidad.

Nuestro vehículo corría vertiginosamente. Apagué su sirena. Percibí en la distancia la de nuestros perseguidores. Muy remota, Pero podían darnos alcance en cualquier momento. En cualquiera. Y yo sabía que eso era el fin. El de mi lucha, el de mis esfuerzos, el de mis esperanzas. Teníamos que seguir huyendo. Manipulé el vehículo del mejor modo posible. Aceleré a tope. Tracé una serie de bifurcaciones increíbles sobre las calles de Centrópolis. Era como moverse en un laberinto de plástico armoniosamente dispuesto, imitando los viejos materiales de otros tiempos. Las ciudades eran hermosas, pero frías. Sus calles eran rectilíneas y ajardinadas, pero desiertas y alumbradas crudamente. Era lo mismo que recorrer las vísceras de un helado monstruo inanimado. Sólo que en ese esfuerzo desesperado estaba la única posibilidad para salvamos, posiblemente. La única….

Por unos instantes, respiré aliviado. La sirena dejó de oírse. Luego, me sobresaltó escucharla de nuevo. Pero se extinguió en la distancia. Definitivamente, habíamos burlado a nuestros perseguidores, siquiera fuese por el momento….

—Lo logramos en parte —murmuré, enjugándome el sudor de un manotazo. Conduje a través de una larga serie de avenidas y plazas, en un sector suburbano—. Nos han perdido de vista. Pero es cuestión de horas que nos encuentren de nuevo. Quizá sólo de minutos. Tienen un sistema

electrónico de control urbano, yo lo he manejado a veces persiguiendo a criminales o infractores de la Ley.

—En ese caso, ¿Qué piensa hacer, Alan?

—Aún no lo sé. Pero no seguiremos circulando alocadamente por estas calles. ¿Hay algún sitio seguro donde pueda dejarla y donde no encuentren los agentes del Gobernador?

—No. Sólo tengo mi casa, mis padres….

—Allí irán en primer término ellos, buscándola —respiré con fuerza, reduje la velocidad, hasta detenerme en una plazoleta desierta, bajo una vía para aerobuses. Me llevé una mano a los ojos. Sentía cansancio, sueño, fatiga y pesadez. Todo eso tenía que esperar. No era el momento de sentir debilidades. Tras un silencio, añadí—: Tengo una idea. Quizá no sea buena, pero es igual que cualquier otra. ¿Se decide a seguirme?

—Creo que ya no tengo otro remedio —sonrió, forzada—. No me gustaría verme internada como una loca, en cualquier manicomio del Estado. Creo que eso es lo que harían, puesto que sé demasiado para su tranquilidad.

—Veo que lo ha entendido. Sí, Cynthia, ésa es la situación. Ambos seríamos tratados de dementes, por mucho que lucharan los periodistas en favor nuestro, tras los informes que les he transmitido. Podrían destruir todo eso fácilmente. Y es lo que no quiero que hagan.

—En conclusión: ¿adónde me lleva ahora? —me preguntó serenamente—. Estamos unidos en esto, para bien o para mal. ¿Qué es lo que proyecta?

—Un amigo mío está fuera del país. Tiene una residencia fuera de Centrópolis, en el campo. Puede ser un buen escondrijo, si llegamos sin ser vistos. Ellos no me relacionarán con ese amigo. ¿Dispuesta, Cynthia?

—Sí, dispuesta.

—Piense que se juega, todo ahora: su puesto en Informática, su futuro… Puedo estar equivocado, ser posible aún que nada de cuanto yo sospecho sea cierto….

—Olvídelo, Alan —me alentó ella, con su mejor sonrisa—. Creo que en usted, eso es todo.

—Gracias —dije, casi emocionado.

Y aceleré de nuevo, rumbo a las afueras. Poco más tarde, salíamos de Centrópolis con nuestro electro-car. La orgullosa urbe moderna quedó atrás, como un dormido coloso de luces y de bellas estructuras modernas. Una campiña oscura y tranquila nos acogió, absorbiéndonos sin dejar rastro.

No era una huida definitiva, por supuesto. Yo tenía que volver. Y cuanto antes mejor. Yo tenía que seguir luchando contra algo que ni siquiera conocía, pero que intuía que estaba cerca de nosotros, los humanos. En todas partes. En derredor nuestro. A punto de aniquilarnos, como habían sido aniquilados Hal Dixman y Brad Talbot, los únicos que supieron quiénes eran «ellas»….

Alcanzamos la residencia de mi amigo, lejos de Centrópolis y de su núcleo urbano. Pero sólo para descansar aquella noche. Y la mañana siguiente. Luego, al llegar la tarde, expuse a Cynthia mis planes:

—Debo partir ahora. Debo volver.

—¿Volver?

—Si —afirmé—. Debo volver a la ciudad… en busca de la verdad. O de la muerte.

Capítulo VI

—¿DE verdad vas a volver, Alan?

Miré largamente a Cynthia. En aquellas últimas horas habíamos intimado mucho más. No quise hablarle de ciertas cosas. Ni pensé en recordarlas, aunque eran un motivo y hermoso recuerdo.

Después de todo, éramos hombre y mujer. Ella era joven, hermosa, sensible. Y estaba asustada. Yo era un hombre y no mal visto por el sexo femenino. Estábamos solos en una casa de campo. Amenazados por un peligro común que presentíamos muy próximo. Nuestra amistad hizo lo demás. Y la situación, claro.

Sí. Todo había sido más íntimo esa noche. Y ni ella ni yo podíamos olvidarlo. Creo que tampoco lo queríamos.

—Sí, Cynthia —afirmé despacio—. Voy a volver. Es necesario. Inevitable.

—¿Qué esperas conseguir con eso? ¿Qué te capturen tus antiguos colegas?

—Quizá. Pero no es eso lo que busco. Es algo muy diferente. Es la solución de este misterio, la explicación de lo sucedido, la identidad del criminal o los criminales… y la seguridad de que no van a repetirse hechos así en el futuro.

—¿Crees posible lograr tanto? —ahora fue ella quien extendió una mano sobre la mía, encima de la mesa donde estábamos almorzando, dentro de la confortable y segura intimidad de aquel reducto campestre, donde nadie podía imaginamos encerrados. Miré sus ojos y los vi fijos en mí, con expresión anhelante—. Alan, ¿no vas a arriesgarte por nada?

—No lo sé. Pretendo todo lo contrario. Lo importante es que tú no te muevas de aquí bajo ningún pretexto. Ni des señales de vida. No hagas funcionar las luces, no abras la televisión, no te dejes ver desde el exterior. Piensa que tu seguridad consiste ahora en que nadie sepa dónde estás escondida. ¿Lo harás, querida?

—Sí, Alan —se puso en pie, rodeó la mesa y vino hasta mi. Se sentó en mis rodillas, me rodeó con sus brazos y me besó—. Siempre hice cuanto me pediste. Tú no lo sabías, pero… pero cuando te ayudé en demanda de aquellos datos de Informática, fue por ti. Te quería. Siempre te quise. Estaba enamorada de ti, ¿entiendes? Por eso he ido a tu casa, interesada por lo que hacías. Si cometí algún error al correr tu suerte… fue solamente por amor, Y creo que eso merece una disculpa, ¿no te parece, Alan?

—Cynthia querida, creo que nunca ha sido más maravillosa la sinceridad de una mujer que en este caso —la miré de cerca. Luego, rocé sus labios y murmuré—: Sí, te comprendo. Yo también me sentía atraído por ti, pero no supe que te amaba hasta anoche, cuando te vi realmente en peligro, cuando comprendí que si ellos te cogían podían internarte para siempre en un manicomio. En ese momento, supe que era capaz, incluso, de matarles.

—Oh, Alan….

Nos fundimos en otro abrazo, en otro interminable beso. Cuando nos separamos uno de otro, su cuerpo temblaba. La acaricié, ceñudo. Hubiera querido que todo esto ocurriera unos días antes, cuando nada había ocurrido aún. Pero las cosas eran así. Y así había que aceptarlas, nos gustaran o no.

—Bien, Cynthia —hablé con súbita energía, olvidando nuestro momento de debilidad—. Ahora nos urge actuar deprisa. No dejes de obedecerme. Salir de aquí, puede serte funesto. Si una patrulla de control, si un observador aéreo da con tu paradero, estás perdida. Espera aquí dentro. No te delates. Yo volveré esta noche, si todo va bien.

—Y… ¿si no va bien? —indagó ella, angustiada.

—Entonces., —me encogí de hombros, sin añadir más. La besé. Fui hacia la salida—. Espérame. Volveré, estoy seguro.

No lo estaba, la verdad. Pero no podía admitir esos temores. Ella debía de tener fe. Era importante ahora.

—Si al menos supiera adónde vas, a quiénes vas a ver… —musitó ella, angustiada.

—Eso te lo diré —y tras un suspiro, la informé escuetamente—: Voy a ver a los Shakner. A Vanda y Ray Shakner… ocurra lo que ocurra. Creo que en ellos está la clave de… de esa amenaza… de «ellas»….

Cerré tras de mí, sin darle tiempo a protestar. Poco después, sacaba mi electro-car del inmediato garaje, y emprendía la marcha hacia la ciudad.

* * *

Esta vez había adoptado mis precauciones.

El electro-car se quedó fuera de Centrópolis, oculto en sus zonas suburbanas. Adquirí uno de alquiler con una tarjeta de identidad falsificada. Un policía tiene a veces recursos así, para casos de emergencia. Podía falsear mi número de control y los datos computados en mi tarjeta metálica.

El ciudadano que entró en Centrópolis y pasó los controles electrónicos, no era el oficial de policía Alan Brooks, sino un hombre moreno, cetrino, de ojos negros —pelo falso, piel teñida, lentillas en mis pupilas….—, con un electro-car de segunda mano, color marrón oscuro. Un falso bigote negro, lacio y frondoso, completaba la caracterización. Mis ropas eran de mi amigo, el dueño del vacío chalet en las afueras. Todo había sido previamente calculado para burlar la vigilancia policial, la búsqueda establecida de un hombre llamado Alan Brooks.

Me encaminé a una biblioteca pública. Entre la sala convencional de viejos tomos, la de lectura por microfilme o video-tape, y al archivo de información urbana y periodística elegí este último. Registré en una computadora el nombre de Ray Shakner, hijo del Gobernador, y esperé datos.

La máquina proyectó una serie de informes sobre una pequeña pantalla. Los leí atentamente. Aquella sección era una especie del «Quién es quién», en versión del siglo XXI.

No tuve que esperar mucho. Los datos del computador eran correctos y

precisos:

«RAY SHAKNER. 28 AÑOS. CASADO CON VANDA DIXMAN. INGENIERO DEL ESTADO. HERMANO DEL GOBERNADOR KARL SHAKNER.

MIEMBRO DEL COMITE DIRECTIVO DE LA COMISION DE SOCIOLOGIA INTERNACIONAL. ACCIONISTA PRINCIPAL DE LA URBANIZADORA INTERNACIONAL "MUNDIPOLIS". PERITO

DE CONSTRUCCION DEL COMITE METROPOLITANO.

ANTERIORMENTE, QUIMICO DE LA *MODERN SCIENCE RESEARCH*.

DATOS PERSONALES….»

Cerré el computador. No me interesaban otros datos sobre él. Estos eran suficientes para mí. Ya sabía que tenía que saber acerca de Shakner *júnior*. Salí de la biblioteca, encaminándome inicialmente a casa de él y de Vanda, aunque temía que pudiera estar vigilada esa área, en previsión de cualquier suceso imprevisto. Relacionado conmigo, por supuesto. O… con «ellas».

Era audaz aproximarse allí en pleno día, pero consideré que ese riesgo compensaba por otro lado. ¿Quién podía imaginarse que yo, Alan Brooks, podía volver a Centrópolis… y presentarme durante la tarde en casa de los Shakner?

Ciertamente, no había vigilancia en derredor cuando llegué al bloque residencial. Era mi segunda visita a aquella dama, pero ahora esperaba que estuviera el hijo del Gobernador. Era él y no ella quien me interesaba en estos momentos.

Subí a su planta. Antes de llamar, comprobé que no había nadie en derredor. Ni agentes ni personas sospechosas vigilando el lugar. Mi llamada no recibió respuesta. Oprimí con mayor fuerza, y al tiempo de sonar el llamador dentro de la vivienda… la puerta cedió suavemente a mi pulsación. Estaba sólo entornada, sin ajustar.

Dudé. Podía ser una trampa. Pero ya no era momento de echarse atrás. Empuñé mi arma y me adentré en la casa. Evidentemente, Vanda Shakner había intentado escapar de allí desesperadamente. Quizá estuvo a punto de lograrlo, porque estaba junto a la misma puerta entreabierta, obstaculizando a medias que ésta se abriese del todo.

Di la luz para alejar las penumbras del vestíbulo donde yacía inmóvil, sobre el suelo de moqueta roja. Me estremecí, invadido por el horror.

Otra vez….

La misma muerte. El mismo gesto de pánico infinito. El bello rostro, demudado, fláccido, el cuerpo lívido, exangüe… La boca entreabierta, tumefacta en su interior….

Y ni gota de sangre alrededor. Ni una sola. Como si todo hubiera sido cuidadosamente lavado. Vanda Shakner estaba muerta. Asesinada por la misma fuerza diabólica que yo no entendía. Sus ojos, desorbitados, vidriosos, terribles, se clavaron en mí, en el vacío, en la nada, como implorando piedad

ante el horror.

Miré tras de ella, angustiado.

Esta vez, algo más había sucedido. Había vidrios rotos, muebles triturados, como si una masa arrolladora hubiera pasado sobre ellos, pulverizados, aplastándolos….

Las vidrieras de los ventanales, aparecían igualmente destrozadas, hedías añicos, sobre el jardín interior. Estuve seguro de que ese había sido el camino que empleó la muerte para entrar, para llegar hasta Vanda. Pero… ¿qué clase de muerte? ¿Qué especie horrible e inexplicable de asesino?

Sobre eso, no podía tener respuesta alguna. Ni la más remota idea. Pero la tercera víctima estaba allí, ante mí. Los hechos se precipitaban. La muerte fantástica actuaba por momentos, más y más deprisa,

«Ellas»….

¿Es que «ellas» estaban empezando ya a atacamos de un modo definitivo y devastador?

¿Era eso lo que estaba sucediendo? La respuesta que se me ocurrió, que provocó escalofríos. Especialmente, cuando aquel aullido desgarrador llegó a mis oídos, procedente del jardín mismo desde el que llegara la fuerza mortal, triturando vidrieras hasta alcanzar a Vanda Shakner….

* * *

Corrí a través de la vivienda desierta, saltando incluso por encima del cadáver de Vanda. Estaba empezando a familiarizarme demasiado con la muerte últimamente. Incluso con *aquella* clase de muerte.

Alcancé su gabinete o *living*. Descubrí la gran vidriera destrozada. El suelo aparecía solamente cubierto de fragmentos de vidrios, sin otra huella de paso alguno por aquel camino. Miré abajo, a través del destrozo de vidrieras.

El cuerpo humano yacía en un césped bien cuidado junto a un seto y un matorral salpicado de brillantes flores. Me horrorizó su aspecto. Esto era peor aún… porque su boca estaba derramando sangre copiosamente, mientras sus ojos bailoteaban en las órbitas y sus manos se agarrotaban a la tierra, arrancando hierbas rabiosamente, en espasmos que se me antojaron de agonía.

No dudé un solo momento. Me arrojé a través de la abertura, sin importarme la distancia. Caí con mis piernas flexionadas, junto al cuerpo agonizante. Apenas si toqué el suelo esponjoso de hierba, noté un estertor ronco en su boca sangrante, corrí hacia él, traté de obtener algo de aquel desdichado con uniforme azul, de jardinero. Unas podadoras yacían no lejos de él, entre tallos cortados.

—Vamos, vamos, amigo, —supliqué roncamente, aferrándole por los hombros, tratando de que me viera, me comprendiese, aun en sus momentos finales—. ¿Qué ha sido? ¿Qué sucedió? ¿Fue atacado por lo mismo que atacó a la señora Shakner y destrozó los vidrios de su ventanal?

Hizo un asentimiento. Desesperado, aunque muy débil, moviendo enérgicamente la cabeza. Me miró con ojos inmensamente abiertos y

vidriosos. Trató de balbucear algo y chorreó más sangre. Vi su lengua cortada, mutilada, bailoteando grotescamente en el baño escarlata de su boca. Traté de entender algo y no me fue posible. Aquel desdichado, ni siquiera podía hablar. Pero sus manos se agitaron, me señaló algo, hacia alguna parte….

Miré allá. Lo que quiera que señalase, no estaba ya allí. Sólo vi la valla gris, la ciudad más allá. Y eso era todo. No había nada ni nadie. El agresor fantasma había desaparecido.

—No hay nada —le dije—. Se fue. ¿Qué era? ¿Quiénes eran?

Movió la cabeza con desesperación, como pretendiendo rechazar algo, como si no entendiera y quisiera tener él razón. Luego, su gorgoteo se repitió torpemente en la boca sangrante intente comprenderle. No entendí nada, pero me dio la impresión de captar algún sonido curioso:

—«E….e….ellas….» —creí que murmuraba. O, cuando menos, se parecía mucho.

—¿Ha dicho… ha dicho… «ellas»? —murmuré yo a mi vez, muy cerca de él.

Asintió vivamente, aunque creí ver en el destello de sus ojos que pretendía rectificarme algo, no sabía el qué. Luego… murió.

Se quedó muerto ante mí. A mi lado, sobre el césped. Al mismo tiempo, una voz clamó:

—¡Eh, oiga! ¿Quién es usted, qué hace aquí dentro? ¿Qué ocurre con Barney? ¡Favor, vengan aquí! ¡Alguien ha atacado a Barney!….

Miré con disgusto al vecino que acababa de asomar en la azotea del edificio, señalando hacia abajo. Sus gritos harían acudir a otras personas. Si rae quedaba allí, me aprehenderían sin remedio. Y mi problema sería para explicar lo que hacía allí, junto a un cadáver. Cuando la policía descubriera mi real identidad, mi desastre sería total.

Emprendí la fuga una vez más. No tenía otra salida, desgraciadamente. Detenerse a explicar nada, era como suicidarse. Ahora, cuando menos, sabía algo más. Y nada esperanzador, por cierto.

Eran «ellas». Y estaban atacando. El asunto llegaba a su clímax, o eso pensaba yo, cuando menos. De allí en adelante, ya todo sería posible. La matanza empezaba a alcanzar cotas aterradoras.

Salvé la valla con ágiles saltos, y corrí por la calle, mientras aquel endiablado individuo clamaba una y otra vez, pidiendo auxilio. De un momento a otro, aparecerían patrullas de seguridad por los alrededores, bloqueando la zona. Eso es lo que yo debía de evitar a toda costa. ES bloqueo significaría caer en sus manos. Y esta vez, el Gobernador no tendría piedad de mí. Incluso tenía en sus manos una ocasión ideal para acusarme de asesinato, con testigos que confirmaran tal aserto.

Mi idea fija estaba ahora en una persona. Una sola, capaz de sacarme de apuros, si admitía el diálogo, si comprendía que era mejor decir la verdad, revelar al mundo lo que sucedía o estaba a punto de suceder, puesto que su propia esposa había sido víctima de ese mal.

Ray Shakner, el hijo del Gobernador. Pero ¿dónde localizarle, antes de que la policía metropolitana me localizase a mí?

Ese era mi problema. A resolver en pocos, muy pocos minutos.

Si en Ray Shakner había aún el mínimo de sensibilidad humana que yo le imaginaba, haría algo por ayudarme, algo para evitar que la muerte de su esposa quedara impune, para detener a tiempo lo que yo empezaba a imaginar que era un verdadero azote mortífero sobre todos nosotros, llegado de la nada, sin dejar nunca rastro…, salvo en el caso del jardinero, que no llegó a desangrarse, y que había sido el único hombre vivo con quien pude hablar, tras haber visto la presencia horrible de la fuerza asesina.

O de las fuerzas, ya que parecía confirmarse que eran… «ellas».

«¡Ellas!»….

Resultaba obsesivo, exasperante. ¿Qué eran? ¿Quiénes eran? ¿Seres invisibles, formas intangibles, fuerzas del Más Allá, poderes satánicos?

Quizá todo eso… y algo más. Algo más que yo no podía intuir todavía, a pesar de haber estado tan cerca de saberlo, de verlo con mis propios ojos. Pero… ¿estaría vivo aun, si realmente hubiera llegado a verlas… a «ellas»?

Eso era lo que me preguntaba a mí mismo, mientras lograba salir de la zona, justo cuando ya veía en la distancia los coches-patrulla afluyendo a la misma, y sus sirenas retumbaban amenazadoramente en mis oídos.

* * *

El edificio era de una radiante luminosidad en la noche.

Destellos fluorescentes, de un azul deslumbrante, marcaban los accesos en derredor. Las estructuras brillantes, como metálicas, del centro industrial más importante del país, se alzaban en la oscuridad como auténticas torres de acero o aluminio. Pero ya nada era allí acero o aluminio, ni metal alguno. Todo eran aleaciones plásticas, inspiradas en la fórmula inicial de los nuevos plásticos que revolucionaron la industria de la construcción en los inicios del siglo XXI.

Las grandes letras luminosas, irradiaban claridad azul en un área amplia del terreno acotado:

URBANIZADORA INTERNACIONAL

«MUNDIPOLIS»

FACTORIA CENTRAL

Una vez salvadas las cercas que delimitaban aquellos terrenos, avancé resueltamente por sendas grises, suaves, sedosas bajo el pie. Sendas de plástico hacia un mundo de plástico resistente, duro y flexible como el acero, pero moldeable como la cera o la arcilla. Alcancé las grandes naves donde

eran descargados los plásticos concentrados. Estos, a su vez, iban a parar a grandes recipientes, de los que salía la mezcla líquida, convertida en una densa pasta gris plata. Ríos auténticos de espeso plástico, como goma o caucho derretido, corrían a las plantas industriales donde se les daban forma y consistencia, antes de pasar a suplir a los viejos materiales ya en desuso. Así se obtenían los grandes, hermosos y ultramodernos núcleos urbanos que se alzaban por doquier, supliendo a los viejos y caducos de otras épocas.

Busqué con la mirada, entre los obreros de brillantes uniformes anaranjados y cascos de color amarillo. Ninguno se parecía a Ray Shakner. Y, sin embargo, debía de estar allí. En el Centro de Sociología me dijeron que acostumbraba a ir cada dos días a la planta industrial de la Urbanización. Esta era una de esas noches. No le había logrado localizar aún en parte alguna. Quizá ni siquiera sabía que su esposa había muerto esa misma tarde….

Su padre, el Gobernador, si estaba realmente tan interesado en guardar silencio sobre lo que sucedía en Centrópolis, no se atrevería a informar tan rápidamente a su hijo de lo sucedido. Ray sabía demasiado y podía hablar, impulsado por el dolor y la ira, podía romper un silencio que a su padre le preocupaba en extremo.

Pregunté a un empleado de la factoría. Me miró, indiferente, mientras a nuestro lado corría el torrente gomoso de plástico líquido, camino de su conversión en material urbanístico. Contemplé su inmutable curso por las amplias vías conductoras, y sacudí la cabeza, impaciente. Me importaba muy poco la urbanización. Era a Shakner a quien quería Ver cuanto antes.

Ahora sabía algunas cosas más. Por el camino, había revisado la agenda de Talbot. Por sus apuntes supe que fue él quien siguió a su amigo Dixman, preocupado, y le filmó el video-tape en casa de su hermana, enviándomelo luego a mí de forma anónima. Había hecho un doble juego sobre algunas cosas, pero todo eso le resultó mal finalmente Ahora estaba muerto, y yo no podía sino pensar que Talbot, temiendo por la vida de su amigo, y también por lo que pudiera suceder en el futuro, resolvió informar a la policía. Y ese miembro de la policía que se ocupaba del caso, era yo. Posteriormente, recibió órdenes de callar, y trató de hacerlo, erróneamente para sus propósitos.

Tal vez su error fue buscar a Shakner, hijo, y hablar con él. En ese caso, también eso sería mi error, Pero no me preocupaba. Estaba dispuesto a llegar adonde fuese, con todos sus riesgos, tal como estaban ahora las cosas.

Finalmente, un empleado asintió, señalando hacia un lugar de la factoría, ante mis preguntas.

—¿Ray Shakner? Si, le vi hace poco por allá. Creo que iba a la planta de almacenamiento de plásticos… Lo encontrará fácilmente. Antes de llegar allí hay un invernadero y un jardín… Luego verá un edificio de color naranja. Encontrará en él al señor Shakner….

Di las gracias al hombre, y caminé hacia el edificio anaranjado, bajo Vas luces verticales y azules del recinto industrial de la Urbanizadora, no me fue nada difícil dar con él. Se alzaba como dijera el empleado, tras un amplio

sector ajardinado y un invernadero próximo.

Las plantas parecían darle un poco más de calor y humanidad a un lugar tan frío como lo podía ser una factoría dedicada a la industria.

Pasé junto al invernadero y el amplio terreno cubierto de césped, encaminándome a la puerta de entrada a la edificación. Me detuve en seco, cuando ya había rebasado el invernadero. Mis pies parecieron echar raíces en el terso asfalto plástico, color gris plateado. Miré con ojos centelleantes hacia el edificio alargado y encristalado del invernadero.

El recuerdo era demasiado fresco en mi mente, para que hubiera podido olvidarlo. Aquel destrozo de vidrios… Aquellos huecos estrellados, en cada vidriera del invernadero, como si alguien se hubiera dedicado a destrozarlos para entrar en el mismo…

Sentí que mis cabellos se erizaban. Temí lo peor. Esgrimí mi arma y corrí en dirección diferente a la que llevara hasta entonces. Entré en el invernadero resueltamente.

Dentro no había luz, pero la claridad azul del exterior bañaba de luminosidad las hileras de plantas, los macetones, los ejemplares florales… y también los dos cuerpos.

Eran dos esta vez.

Dos cadáveres. Dos personas muertas violentamente. Desangradas.

Yacían de bruces, junto a una serie de macetones rotos, entre tierra y flores aplastadas. Uno de ellos me era totalmente desconocido. El otro, estrujaba entre sus dedos, color cera por la ausencia total de sangre en sus venas, una flor de singular coloración azul. En su agonía, la había triturado casi con rabia.

Le reconocí en el acto.

Era Ray Shakner, el hijo del Gobernador, el esposo de Vanda. Algo o alguien había extraído toda su sangre a través de su boca, ennegrecida por el contacto con la ventosa viviente que les dejó sin líquido vital en sus venas y arterias.

Maldije entre dientes, comprendiendo que, una vez más, había llegado tarde. La Muerte, llegó también prestamente a la factoría de la Urbanizadora internacional.

Giré el cuerpo de Shakner, tratando de encontrar en él, completamente en vano, el menor signo de vida. Era un cuerpo exangüe, blanco, helado, como si llevara horas y horas sin vida, o como si hubiese estado metido en un frigorífico. Otra vez aquel extraño frío, única pista de la muerte que absorbía la sangre….

Contemplé sus dedos, estrujando iracundos aquella delgada y frágil flor… Luego, vi en el suelo, bajo su cuerpo, aquel volumen abierto, que sin duda leía cuando le sorprendió la muerte. No pude evitar ver su título en la cubierta:

«VIDA INTERIOR DE LAS PLANTAS.»

Estaba abierto el volumen por su capítulo décimo segundo, titulado: *Las flores y sus características vitales. Sexualidad, sensibilidad y posible vida inteligente de cada flor.*

Miré al otro hombre muerto. Registré sus ropas. Encontré su documento de identificación.

«ROD WALLACE

FLORICULTOR. BOTANICO.»

Una idea absurda, delirante, cruzó por mi mente. Miré con terror a cuanto me rodeaba en el invernadero, a la penumbra repleta de plantas, de hojas, de flores de mil clases….

¡Flores!

Flores… plantas….

Las flores o *las* plantas. Femenino. Ellas. «Ellas»….

¿Eran *ellas* las asesinas? ¿Fue ese el gran secreto que Ray Shakner se llevó consigo a la tumba, lo mismo que el jardinero del edificio de los Shakner, igual que Dixman o Talbot?

Flores asesinas….

La idea erizó mis cabellos en la nuca. E inmediatamente, noté un frío extraño, un sonido ronco, sibilante, muy próximo a mí en el invernadero… ¡y supe que tenía cerca la Muerte!

Supe que ahora, «ellas»… venían a por mí.

Estaban alrededor mío. Muy cerca. Acechándome. Iban a atacarme.

Aquel frío mortal lo anunciaba sin lugar a dudas.

Capítulo VII

FRÍO. Frío glacial.

Eso era lo que sentía en esos momentos. Un frío que venía de más allá de la tumba, de los mismos dominios de la muerte. El frío que capté en los cadáveres desangrados hasta entonces….

—¿Es posible? —musité, angustiado, retrocediendo, yendo hacia las vidrieras, huyendo de las que parecían inofensivas, apacibles flores y plantas en derredor—. ¿Existe una forma de vida inteligente en esas plantas… capaz de desarrollarse hasta hacer de ellas nuestras enemigas mortales? ¿Pudo ser eso lo que descubrió Hal Dixman?

En la penumbra azul, captaba perfectamente el sonido susurrante de *algo* que se deslizaba hacia mí, implacablemente. Algo que yo había pensado que sólo amenazaba a las personas en plena ciudad, pero no en las afueras, en una factoría, en un invernadero….

Sin embargo, *aquello* estaba cerca, muy cerca de mí… Se deslizaba por el suelo, reptaba en la sombra, implacable, emitiendo un extraño frío que me hacía castañetear los dientes, que helaba mis miembros….

Miraba fija, muy fijamente hacia la sombra, en busca de algo, de la verdad, de la forma real de aquella fuerza asesina. El miedo agarrotaba mis miembros. Y también aquella gélida temperatura que crecía por momentos….

Apreté con fuerza mi arma. Apunté a la oscuridad. Y disparé. Una, dos, tres veces.

Tres llamaradas» tres detonaciones, horadaron la oscuridad. Vi confusamente que algo oscuro y reptante se agitaba en la sombra, entre los macetones, sin tomar forma definida. Algunos de éstos se quebraron, desgajando plantas y tierra ruidosamente.

Pero algo me dijo que todo eso era inútil. Que la forma de muerte que venía hacia mí no era sensible a los proyectiles de un arma de fuego, por poderosa que ésta fuese. Era algo diferente, algo fuera de este mundo, algo que nunca había podido nadie imaginar….

Pero mis disparos fueron escuchados allá afuera. Capté voces lejanas, gritos….

—¡En el invernadero! ¡Ha sido en el invernadero! ¡Alguien ha disparado varias veces! ¡Vamos, hay que saber qué está sucediendo allí, por todos los diablos!

Brillaron proyectiles de luz, buscando con su raudal de luz el invernadero. Percibí carreras de hombres e incluso el rodar de un vehículo ligero de carga.

La muerte agazapada allá, en las sombras, pareció encogerse, cambiar de idea, volver sobre sus pasos… Sentí crujido de vidrios, como si algo o alguien, oscuro e informe, saliera del invernadero, renunciando a asesinarme.

Tuve la seguridad de que mis disparos, y el hecho de que aquella gente oyera las detonaciones, había salvado mi vida por el momento. Poco después,

todos estaban en derredor mío, fuera o dentro del recinto de floricultura. Y contemplaban, con asombro, los dos cuerpos sin vida.

—El señor Shakner… Y Wallace, el botánico… —comentó alguien—. ¿Qué puede haber sucedido aquí?

—No lo sé, pero quienquiera que les mató a ellos, quiso matarme también a mí. ¿Vieron algo al llegar? ¿Descubrieron a alguien, saliendo de este invernadero?

—¿Alguien? —se miraron todos entre sí, con perplejidad. Me miraron como si estuviera loco—. No, no, nada de eso. No vimos absolutamente nada. Todo estaba tal como está ahora….

Les miré, sin creer mucho en sus palabras, aunque parecían sinceros. Estábamos fuera del invernadero ya. Y, ciertamente, a la claridad azul de la factoría, nada anormal era visible en torno al edificio encristalado. De él partía un sendero gris, plastificado, camino de la factoría. Alrededor, había césped, pero no flores. Y ni un ser viviente que no fuesen los empleados de la industria y yo mismo.

—No lo comprendo… —murmuré roncamente—. Tenía que haber alguien…: o *algo*, por aquí cerca. Rompió los vidrios y escapó, pero… *¿qué* era?

Y mis ojos, nuevamente, fueron con recelo hacía las flores y plantas que contenía el invernadero.

* * *

—¿Flores? ¿Plantas? ¿Crees seriamente en eso, Alan?

Miré a Cynthia, que parecía feliz al verme, como si le hubieran quitado un terrible peso de encima. Sacudí la cabeza, sombrío.

—He llegado a esa conclusión —admití—, Es algo anormal, insólito. Nada humano. Pero es plural. Y femenino. Pueden ser plantas y flores. Hay muchos jardines por doquier. Jardines artificiales, falsos, cultivados con medios químicos y luz solar concentrada. Pudieron sufrir una evolución, convertirse en órganos mutantes… y *vivos*. Eso explicaría muchas cosas. Era un químico quien creía saber algo de lo que nos amenazaba. Y otro químico compartía su secreto. ¿Te imaginas unas plantas *inteligentes*, capaces de matar…? Plantas dotadas del raro donde succionar la sangre humana, como un riego insólito para sus tallos….

—Alan, es una teoría disparatada, absurda… ¿Sólo en eso te basaste para imaginarla?

—No, no. Hay más: un jardinero muerto. Y un botánico. Uno en un jardín, otro en un invernadero… lo mismo que el joven Shakner. Yo mismo hubiera muerto esta noche, atacado por… por «ellas». «Ellas….» las flores. O las plantas, Cynthia.

—Puede que tengas razón —se estremeció—. Sería terrible, pero… puede que haya sucedido así. Sin embargo, me resisto a admitirlo. Quizá porque ame las flores….

—Existieron siempre plantas carnívoras, Esta puede ser una nueva especie. En la factoría reinaba el pánico cuando me marché. Ni siquiera pensó nadie en retenerme. A estas horas, el Gobernador lo sabrá ya todo. Quizá me busque desesperadamente. Debe imaginarse que a estas horas conozco la verdad….

—¿Puede un Gobernador que ha visto morir a toda su familia, seguir empeñado en callar?

—No lo sé, Cynthia. Si cree que con ello ayuda su carrera política… quizá sí.

—¿Y nosotros, Alan? ¿Qué haremos nosotros? Estamos en el campo, rodeados de plantas. Si son ellas, realmente, las mutantes… estamos sentenciados a muerte.

—Lo estaremos en cualquier parte. Sean «ellas» lo que sean están por doquier. Llegan a todos los lugares. Y matan. Matan implacablemente… porque creo que necesitan ávidamente más y más sangre….

—Alan, tengo una idea —murmuró ella con voz ronca.

—¿Cuál? —quise saber, mirándola curiosamente.

—Creo que podemos salir de dudas de una vez por todas. Nos bastaría con poder ir, siquiera por esta noche, a Centrópolis.

—¿A la ciudad? ¿Para qué?

—Si pudiera disponer siquiera durante cinco minutos de mis computadores de Informática… tendríamos la respuesta. La verdadera, la auténtica.

—¿Una respuesta? ¿Cómo, Cynthia?

—La máquina no piensa por sí sola. No tiene imaginación. Pero si le das datos minuciosos, si la informas adecuadamente y luego la programas… puedes tener una respuesta. La de más fría lógica, la que se ajusta matemáticamente a las evidencias existentes. Sólo así sabríamos si… si «ellas» son, realmente, las .flores o plantas.

—Aunque no lo fuesen, Cynthia, ese procedimiento es irrealizable. Volver a la ciudad, desafiar a la policía, llegar a Informática….

—¿Por qué no? —murmuró ella—. Sé cómo podemos hacerlo, Y vale la pena, Alan. Cuando menos, sepamos qué es lo que actúa contra nosotros. Sin lugar a dudas.

—La computadora… —moví la cabeza, perplejo—. Bueno, es una perfecta locura, pero… adelante, Cynthia. Hagamos la prueba… y que ocurra lo que Dios quiera.

—Confío en que no seamos sorprendidos. Si logramos entrar en la ciudad sin ser reconocidos… sé cómo llegar a la sala de programadores sin problemas. Siempre que sea poco tiempo el que estemos allí, naturalmente….

* * *

Cynthia era una criatura sorprendente.

No sólo habíamos entrado en la ciudad sin problemas, sino que estábamos ya en la cúpula del edificio de Informática, enfrentados a toda aquella maravilla de las grandes computadoras, en medio de un impresionante

silencio, bajo las eradas luces de la sala, oyendo el suave zumbido de los mecanismos electrónicos en funcionamiento constante.

Sin personal. Sin nadie cerca de nosotros. Durante la noche, sistemas automáticos hacían funcionar constantemente las computadoras, recopilando datos a través de diversos conductos, como un colosal archivo viviente. No hacía falta técnico alguno para ello. Las máquinas actuaban solas. Luego, durante los turnos del día, el equipo de expertos se dedicaba a clasificar datos, a programar en las memorias electrónicas, y así hasta la noche, en que el silencio y la soledad volvían a la mágica cámara que controlaba, virtualmente, toda la vida urbana en Centrópolis. Y así en cada lugar del mundo.

—Y bien —murmuré, contemplándola pensativo—, ¿Y ahora… qué?

Cynthia no dijo nada. Se limitó a moverse por entre los complejos mecanismos como si le fueran absolutamente familiares en sus más mínimos detalles. Y quizá era así. Del mismo modo que habíamos llegado allí utilizando ella sus conocimientos de los accesos privados, de los sistemas de seguridad, de los circuitos de seguridad y todo lo demás, sin ser vistos, percibidos ni sospechados siquiera, ahora actuó sobre una de las computadoras, la mayor de cuantas me era dado ver en la vasta sala.

—Voy a programar todos los datos en nuestro poder, Alan —me explicó —. Ve informándome de cuanto sepas. Transmitiremos todos los conocimientos del caso a la máquina. Ella trabajará sobre ese material, fría y lógicamente. Sus circuitos pueden acertar en lo que nosotros fallemos. No tiene imaginación ni fantasía. No se excita. No se deja desorientar por apariencias o por falsas pistas. Vamos, empecemos. Es un ensayo más. Puede resultar, Alan…

Me parecía ridículo pedirle consejo a una máquina, pero cedí. Todo era preferible a la duda, a la incertidumbre, aunque yo estaba seguro de que en el mundo vegetal que nos rodeaba estaba el peligro mortal, en que, de alguna forma, las flores o las plantas todas, eran nuestros enemigos ahora, y ellas —sí, «ellas»—, estaban atacando solapada, criminalmente a todos los seres humanos.

El zumbido del mecanismo era intermitente, suave, casi adormecedor. Pero el gigantesco ingenio electrónico iba devorando datos. En su cerebro mecánico, frío y desapasionado, una compleja serie de circuitos iban actuando, recopilando esos datos, ordenándolos, situándolos en su lugar preciso, dándoles su justo valor, sin apasionamientos….

Fueron las muertes todas, la de Dixman, la de Shakner, su esposa, Talbot, el jardinero, el botánico…, Absolutamente todas. Los datos que recordaba, los lugares, las evidencias, la ausencia de sangre en todos los casos, menos en uno… Los comentarios que oyera en uno o en otro, lo que dijeran iodos, las referencias de lugar, de situación, de hechos concretos….

Durante largos minutos fui acumulando mis propios conocimientos y transmitiéndolos a la máquina. Finalmente, respiré con fuerza.

—Ya está —dije—. Todo hecho, Cynthia.

Ella me miró, pensativa. Luego, pulsó una serie de teclas. Y me indicó:

—También tus teorías, por favor. Dile a la máquina lo que piensas, la conclusión a que llegaste. Eso será todo.

—Está bien —dije de mala gana. Y añadí mi teoría sobre flores y plantas. Luego, Cynthia marcó otra serie de teclas, y esperó.

El zumbido se hizo más profundo y continuado. La máquina trabajaba ahora a toda presión, tras el ordenamiento de datos. La contemplé admirado. Era como ver actuar el cerebro de un ser inanimado pero tremendamente sereno y lógico.

—¿Sacaremos algo en limpio de todo esto? —dudé.

—No podemos saberlo. La máquina lo dirá. Alan —suspiró ella cansadamente. Me miró, preocupada—. No vamos a tener que esperar mucho. De un momento a otro, ella nos dará la solución.

Y señaló a la formidable computadora que actuaba casi silenciosamente ante nosotros.

Yo estudié el guiño de sus luces, el movimiento de sus gigantescos bombos magnéticos, registradores de sonidos. Los minutos transcurrieron insensiblemente. Afuera, la ciudad dormía. O parecía dormir. Pero era engañoso, yo lo sabía. La policía estaría buscándonos ahora activamente. Si éramos sorprendidos en sus calles, si nos identificaba alguna patrulla, todo se iría al diablo.

—¡Ya! —susurré, palideciendo aun a mi pesar. Señalé con dedo estremecido a la máquina… Mira, Cynthia….

Ella miró. También estaba tensa, anhelante. Sobre un recipiente iba emergiendo, pausadamente, una larga tarjeta metálica, perforada. Cayó al fin suavemente en su bandeja. Y la máquina cesó su labor extraordinaria, para continuar Su zumbido intermitente, en su actividad normal.

—Sí, Alan —musitó Cynthia—. Ya está. Esa es la solución. *Su* solución. Veamos si coincide con la tuya….

Tomó la tarjeta perforada. Fue a un lector electrónico inmediato, y la introdujo en una ranura, pulsando luego un par de teclas rojas. Otra máquina comenzó su implacable zumbido. Cynthia me señaló una vecina pantalla fluorescente desprovista de datos, sobre la cual comenzaron a pasar ahora líneas cifradas, con letras y números de color verde.

Finalmente, surgieron letras rojas, muy visibles, deletreando nítidamente las palabras:

«CONCLUSIONES ERRONEAS.

NO SON LAS PLANTAS.»

Me quedé rígido. Cambié una mirada de asombro con Cynthia. La vi sonreír leve, débilmente, asentir con la cabeza, como si ella ya intuyera o supiera algo que a mí se me había escapado en todo ese tiempo.

Seguí mirando, como hipnotizado, hacia la pantalla fluorescente que emitía las conclusiones inexorables de la máquina, en su estudio de una serie de datos computados y analizados minuciosa, fríamente.

«INTERPRETADOS CORRECTAMENTE DATOS RECIBIDOS, AUNQUE EXISTE ESCASEZ DE INFORMES, TODO APUNTA EN UNA DIRECCION CONCRETA.

ATAQUES PROCEDEN DE ALGO QUE NOS RODEA MUY CERCA. QUE ESTA EN TODAS PARTES.

DATOS RECIBIDOS SE COMPLEMENTAN CON DATOS ACUMULADORES EN LA MEMORIA SOBRE ANALISIS LLEVADOS A CABO SOBRE CADAVERES BRAD TALBOT, VANDA SHAKNER Y BARNEY, EL JARDINERO.

CONCLUSION DEFINITIVA DE TODO LO COMPUTADO HASTA AHORA: "ELLAS" SON CELULAS VIVAS, UNA ESPECIE DE ESPORAS DOTADAS DE VIDA

PROPIA, INTELIGENTES Y VORACES. PRECISAN DE SANGRE HUMANA CUANDO SE DESARROLLAN EN DETERMINADO AMBIENTE. SON INDEPENDIENTES ENTRE SI, PERO SE AMALGAMAN COMO UNA MASA PARA CONSTITUIR UNA MATERIA QUE ESTA EN TODAS PARTES. SU SEXO ES *FEMENINO*. PIENSAN Y RAZONAN, POR SI SOLAS SON INOFENSIVAS. UNIDAS, RESULTAN CASI IMPOSIBLES DE VENCER.

CONSECUENCIA DEFINITIVA….»

Otra mirada a Cynthia. Y ella a mí. Estaba muy pálida, Respiraba agitadamente. Hasta este momento, el, resultado de la prueba era escalofriante. Estábamos ante un peligro invisible, hecho de células, de esporas VIVAS E INTELIGENTES que necesitaban SANGRE HUMANA para sobrevivir.

Pero ¿dónde estaban, exactamente? ¿Qué eran, por sí solas?

La respuesta nos llegó ahora.

La respuesta….

Dios mío, cada vez que la recuerdo, comprendo lo estúpido que había sido todo este tiempo, al no darme cuenta, al no advertir *dónde* estaba agazapado el gran enemigo….

Cuando vi el gesto de Cynthia, comprendí que ella había intuido, sospechado la tremenda verdad….

Ahora, ya no era un misterio. La computadora lo había revelado. Ahora estaba allí, escrito sobre la pantalla fluorescente, como si estuviese con letras de fuego en mi propio cerebro a punto de estallar….

«CONSECUENCIA DEFINITIVA:

LAS CELULAS SANGUINARIAS FORMAN LO QUE TODOS CONOCEN POR… EL PLASTICO DE CONSTRUCCION URBANISTICA.»

¡El plástico!

La materia gris plateada, la nueva materia química que formaba carreteras, avenidas, autopistas, casas, calles, plazas… ¡ciudades!

Ciudades….

La computadora estaba remachando su alucinante afirmación ante mis ojos desorbitados:

«"ELLAS" SON… LAS PROPIAS CIUDADES EN QUE VIVIMOS….»

Se erizaban mis cabellos. Comprendí dónde estaba el enemigo oculto. Allí. Afuera. Dentro. Alrededor. Bajo mis pies. Encima. En todas partes. En TODAS partes….

—Dios mío… —gemí, tambaleante.

A nuestras espaldas, una voz cansada dijo fríamente:

—Bien. Ahora ya lo saben todo. ¿Qué han conseguido con ello?

Nos volvimos. Miré con sobresalto al hombre que aparecía entre las computadoras del Centro de Informática.

Era el Gobernador en persona. Karl Shakner, pálido y demacrado, moral y físicamente hundido….

Capítulo VIII

NOS contemplamos los tres en silencio, largamente. Era como sentirse perdidos en una terrorífica jungla de plantas carnívoras. Todo lo que nos rodeaba podía devorarnos: suelos, techos, paredes… Todo.

—¿Usted… usted lo sabía? —musité.

—Claro —dijo el Gobernador—. Lo supe cuándo… cuando el hermano de Vanda me lo comunicó. Le tomé por loco. Luego… luego me hizo una demostración en su laboratorio. Fue horrible. Excitadas por ciertas reacciones químicas, las células que contiene el plástico de construcción absorben sangre de seres «vos… La prueba fue con unos cobayas, pero resultó aterradora. Me sentí hundido, demolido. Pero no podía ceder. No era posible admitirlo, oficial Brooks, Significaba el caos, el desastre total. Ciudades enteras, magníficas, serían abandonadas por una Humanidad aterrorizada. Millones de seres se destrozarían entre sí por huir lejos de los grandes núcleos urbanos, de las carreteras… Era el fin de la civilización misma. Y ni siquiera podía estar seguro de que las ciudades NOS DEJARAN huir, ¿comprende?

Comprendí. Su mirada era patética. A fin de cuentas, él era responsable de toda una ciudad de millones y millones de seres. Comprendí por vez primera su situación, su desesperada situación, su afán de silencio a cualquier precio….

—Gobernador, ¿es… es posible que… que «ellas», las ciudades, *nuestras* ciudades… nos ataquen de súbito, para impedir que huyamos?

—Sí. Es posible. Ellas oyen, ellas ven todo cuanto hacemos. Es un enorme monstruo que nos acecha….

—Un monstruo… —asentí despacio—. Lo había pensado a veces, pero sólo de un modo simbólico, peyorativo… no absolutamente *real*. Un monstruo que duerme, una materia que VIVE y engulle vidas… Cielos, Gobernador, ¿de dónde salió ese horror? ¿Quién dio vida a semejante *cosa*? Eso no pudo suceder casualmente….

—Eso es lo realmente terrible. Que fue casual. Accidental. Obra de nuestros propios químicos Ellos crearon una nueva fibra de laboratorio, ese plástico capaz de suplir con éxito al acero, al hormigón, al asfalto, al cemento… Económico, duro, resistente, flexible, capaz de todos los servicios… Nuestra civilización actual toda, se basa sobre «el concreto plástico» o el Tecnoplasma, como se le denomina en fábrica….

—He visto ríos de ese material, verdaderas toneladas de plástico en movimiento, camino de los almacenes… —suspiré—. Por eso su hijo callaba. Por eso usted silenciaba a todos… Primero, fue un temor a sus empresas constructoras. Luego… a algo mucho más ingente: el mundo mismo. La sociedad, lo establecido… Pero hay que decirlo, ¿comprende? *Hay que decirlo*, a cualquier precio. Es inevitable. Tienen que saber, tiene que comprender….

El Gobernador se apoyó, anonadado, en las máquinas computadoras. Oí su voz en un murmullo:

—Alan, usted no entiende… ¿Por qué cree que estoy aquí ahora? El mismo trabajo que hacen ustedes ahora, lo hice yo antes, personalmente, en este Centro. Tuve una respuesta que confirmaba las sospechas de Talbot, de Dixman. ¿Se ha dado cuenta de que todo el que sabía algo encontraba rápida muerte a manos de… de esa *cosa* que nos rodea? Es terrible, Brooks, pero… la ciudad toda VIGILA, VIVE, PALPITA. No permite que se diga la verdad. No dejará que se luche contra «ella». La computadora me confirmó ese temor. También fue la computadora la que me anticipó que ustedes vendrían aquí, tarde o temprano.

—¿Cómo? —me asombré.

—Fácil —sonrió tristemente Karl Shakner—. Simple ordenación de datos. Les facilitamos todo cuanto sabíamos sobre ustedes dos. Su conclusión fue de que Cynthia recurriría a las computadoras que tan bien conocía, en busca de ayuda y solución.

—De modo que estamos metidos en una trampa —murmuré roncamente —. Hemos caído en ella….

—¿Trampa? —sonrió con amargura el Gobernador—. Todos estamos metidos en ella, Brooks. El hecho de que ahora tenga abajo a mis hombres, esperando, y que ustedes dos tengan que ser internados en un centro sanitario, bajo sospecha de demencia, no significa sino que debo seguir luchando para que esto no trascienda, para que el terror no desate la violencia y el caos, para que la ciudad no se irrite y… nos ataque a todos, ¿Comprenden ahora?

Cynthia y yo nos miramos con tristeza. Por la puerta de la amplia nave de computadoras, entraban ya cinco hombres de la Guardia gubernativa. Era inútil luchar.

—Comprendo —asentí—. Usted lucha por algo que cree justo. No lo es, Gobernador. El caos llegará igual. Cuando este monstruo que pisamos, que nos envuelve, se enfurezca, necesitará más y más sangre sus millones de células… recurrirán a MILLONES de seres vivos. Sólo están empezando a sentir hambre. Los químicos crearon una forma de vida de laboratorio, es cierto.

Pero le dieron una voracidad incalculable. La Ciencia, sin quererlo, creó un nuevo y aterrador Frankenstein que nos engulle a todos. Ahora, todo es cuestión de tiempo, Gobernador.

—Tiempo… —suspiró—. Es So que pido. Tiempo para buscar una solución, cuando menos.

—¿Existe esa solución? —repliqué.

—No —me miró fijamente. Negó con su cabeza también. Luego, se volvió a sus guardias—. Llévenlos a mi propio vehículo personal. Me reuniré con todos ustedes en seguida. Hemos de dirigirnos al Centro Psiquiátrico del Estado.

—Sí, señor —afirmó el oficial de su guardia, dócilmente.

Cynthia se acercó a mí. Nos abrazamos en silencio, como los héroes camino del sacrificio. Habíamos perdido y lo sabíamos. Ni siquiera podíamos sentir odio por el Gobernador. Sólo lástima. Una lástima infinita….

Salimos de la Torre de Informática, rodeados de la armada. Un vehículo multiplaza, con los emblemas del Gobernador, esperaba en la calle.

La calle….

Miré con horror al asfalto plástico, a los edificios todos, rodeándonos como algo callado, burlón, amenazador, complacido en nuestra impotencia para combatirlo. Casi creí sentir la palpitación bajo mis pies, de la vida de que estaba dotado aquel monstruo infinito convertido en ciudad, con carreteras y autopistas como arterias palpitantes.

Y comprendí por qué algunos habían muerto mirando ante sí, al parecer a la nada… cuando en realidad lo miraban TODO. La masa misma que formaba un: colectividad humana, y que era, por sí sola, el más terrible de los monstruos imaginables….

«Ella», la ciudad, aquella ciudad, era nuestro verdugo. Otros muchos millones de seres dispersos por el mundo, víctimas de otras ciudades, de aquella aberración química que dotó de vida a unas simples fibras artificiales sobre las que el mundo basó su nueva civilización y progreso… Un horror orgánico que quizá nunca llegaríamos a entender. Pero que estaba allí, que existía., que terminaría por devorarnos a todos, como Saturno a sus hijos.

Fuimos acomodados dentro del vehículo, y esposados. Casi sentí alivio de notar el acero en mis muñecas, y no plástico. Como en viejos tiempos. El Gobernador se reunió con nosotros en breve. Se acomodó junto al conductor del vehículo, un oficial suyo. Partimos rápidamente, avenida adelante.

—¿Al Centro Psiquiátrico del Estado, señor? —fue la pregunta del conductor.

—Sí, por favor —el Gobernador consultó su reloj. En la noche, la urbe gigante dormía a nuestro alrededor. Nada más falso. La gente dormía. La ciudad, no. «Ella» esperaba, sencillamente. Agazapada, paciente. Tenía vida. E inteligencia. Pero no sensibilidad ni nervios. No se precipitaba jamás. Tras una pausa, indicó con indiferencia—: Será mejor que utilice el motor aéreo. Tengo prisa.

—Sí, señor —admitió el conductor, pulsando unas teclas en los mandos.

Cambiado el sistema de propulsión por el suelo, el vehículo se elevó, convirtiéndose en aerobús. Volamos entre rascacielos de plástico viviente, cuyas ventanas eran millones de ojos vacíos fijos en nosotros. El trazado de autopistas y aerovías, eran como tentáculos inertes, a la espera de su presa.

Todo eso fue quedando atrás, a medida que avanzábamos hacia la campiña, empezando a perder de vista la urbe *y*, posteriormente, las grandes autovías del exterior. Pronto nos rodeó solamente un paraje de bosques, de prados, un arroyo y una laguna allá abajo….

—¡Descienda! —ordenó bruscamente el Gobernador a su conductor.

—¿Aquí, señor? —indagó con asombro el agente,

—Sí, aquí. En ese prado, por favor.

Obedeció. Nuestra sorpresa también era considerable. No se veía ni rastro del Centro Psiquiátrico. Los agentes se miraron entre sí.

El Gobernador Shakner respiró con fuerza, abriendo la portezuela del vehículo. Hizo un gesto a sus hombres, indicándoles que nos quitaran las esposas. Obedecieron en silencio.

Me froté las muñecas. Miré a Karl Shakner.

—¿Qué significa esto, Gobernador? —quise saber.

—Significa que están en libertad. Ustedes quizá puedan huir a alguna parte, no lo sé. Tienen campo a su alrededor. Ni una carretera, ni una autopista, ni una casa. Nada de plástico de construcción, lo he observado bien.

—Gobernador, ¿quiere decir que no nos hará internar ya? —indagó Cynthia, incrédula.

—Nunca pensé en hacerlo. Pero tenía que engañarla a «ella», a la ciudad… —jadeó—. ¿Lo comprenden, amigos míos? De otro modo, ustedes NUNCA hubieran salido de sus calles, de sus casas, de la trampa de plástico voraz que forman. Una de esas ciudades vivas, puede pensar, ver, oír… pero no puede adivinar el pensamiento. Por fortuna, no son telépatas.

—Pero ahora, ¿adónde va usted? —pregunté.

—A la ciudad. Es mi sitio. Debo luchar allí. Con mi gente. Intentar seguir burlándola.

—¿Lo conseguirá? —quise saber, con grandes dudas dentro de mí.

—No lo sé. Quizá no. Tal vez se haya dado cuenta de la burla demasiado tarde… y esté esperando para aniquilarme… De todos modos, rio debo eludir mi destino. Mi vida importa poco ya, desde que perdí a mi hijo, a mi nuera… Estoy solo. Solo con mi gente. Con mi ciudad. Si algo me ocurre, admitiré mi destino. Si no… Lucharé hasta el fin.

—Luchar… ¿cómo, Gobernador? —quiso saber Cynthia.

—Aún no lo sé. Pero voy a nacer las cosas de otro modo. Usted quizá tiene razón, Brooks. Hay que desencadenar el caos, antes o después. Es mejor que lo haga yo mismo. He dejado ya instrucciones programadas en la computadora. No podrán frenarlas. Se puede acabar pronto con la vida de un hombre, pero no es tan fácil con una máquina. Antes de que esa maldita materia viviente se dé cuenta, la computadora habrá situado en cada casa, ante cada persona, la noticia de lo que sucede. Pido en mi mensaje que se actúe lo más ordenada y rápidamente posible. Sé que no será así. Sé que me producirá el pánico. Pero quizá no todo se pierda. De otro modo, era como esperar dócilmente el sacrificio inexorable.

—«Le felicito, Gobernador —suspiré—. Y espero que tenga suerte. Sí, ése es el mejor camino. Quizá el único. Nosotros intentaremos luchar desde aquí. Acoger refugiados, montar viviendas que no tengan plástico asesino, que no puedan ser atacadas fácilmente por esa materia, cuando se disperse en busca de nuevas presas….

—También eso lo he programado ya, Brooks —me dijo tristemente el

Gobernador—. Cuando no quede nadie con vida en la ciudad… se pondrá en funcionamiento un mecanismo secreto, con una cabeza termonuclear. La ciudad será desintegrada, pulverizada por el ingenio atómico. Eso no podrán evitarlo las células sedientas de sangre… El horror que la Química humana produjo sin quererlo, será sacrificado por aquel otro que la Física creó intencionadamente. Es una forma de restablecer el equilibrio científico, amigos míos. Ahora… adiós. Y suerte.

—Suerte, Gobernador —respondí.

Y cuando el vehículo se elevó, de regreso a la ciudad, comprendí que, ocurriera lo que ocurriera, ya nunca le veríamos….

Nos quedamos solos los dos. Cynthia y yo. Nos miramos. Fue una larga, profunda mirada. Se acurrucó contra mí. La abracé contra mi pecho, emocionado.

—Alan, ¿qué va a suceder ahora? —musitó ahogadamente.

—No lo sé, Cynthia —confesé amargamente, clavando mis ojos en el horizonte, donde la ciudad no era visible, por fortuna para nosotros—. Sólo sé que, tal vez descubierto ese secreto a tiempo, se hubiera podido luchar contra él. Ahora… ahora es cómo combatir un cáncer. Lo puedes destruir… destruyéndote tú mismo.

No hay otra salida. El Gobernador es un hombre valeroso. Sé que luchará hasta morir. Luego, lo harán otros. Lo importante es que la noticia se va a difundir, que otras ciudades la acogerán con escepticismo primero, con horror después. Que lucharán desesperada, ferozmente, por la supervivencia. Y que un día, estoy seguro de ello… un día, los pocos que quedemos en el mundo, los que hayamos escapado de ese horror viviente, emprenderemos una nueva vida. Sin ciudades, sin viviendas, sin materiales artificiales, sin nada que pueda volver a significar un peligro. Recurriendo a la naturaleza, con todas sus limitaciones, pero también con su sabio equilibrio, con su docilidad al servicio del hombre….

Cynthia temblaba. Y no hacía frío. Creo que también yo temblaba aunque no tuviera frío. Era como volver al principio. Un ciclo vital quizá iba a terminar donde empezó. Ni siquiera sabía por qué nosotros éramos, por el momento, los únicos a salvo, los elegidos por un caprichoso destino, para ser sólo espectadores del gran drama de la Humanidad….

Aquella noche, no pudimos conciliar el sueño, acurrucados entre los árboles, felices de sentirnos como desnudos bajo el cielo estrellado. Sin paredes, sin techos, sin puertas ni ventanas. Solos en la Naturaleza. Solos en un nuevo Paraíso Terrenal, tal vez….

* * *

—No funciona. Alan….

Miré a Cynthia. Luego, al viejo aparato de radio transistorizado, que halláramos en la pequeña casa de madera, sin materiales plásticos, a algunas millas de la laguna, entre un frondoso bosque.

Lo probé. Luego, asentí despacio. Creo que ella se alarmó al ver mi gesto.

—Sí, Cynthia —susurré—. Sí funciona.

—Pero… pero no se oye nada….

—No, no se oye nada —admití—. Porque *no hay nada*. ¿Comprendes?

Se estremeció, Creo que no quería comprender, pero no podía evitarlo.

—Nada… —gimió—. ¿No hay emisoras? ¿No hay… *nada*?

La palabra me pareció más tremendamente vacía e inconcreta que nunca: nada… No, no había nada ya. Ninguna emisora de radio. Y la ciudad tenía diez. Y había otras ciudades, y otras emisoras….

Probé en onda corta. Y pesquera.

Nada.

Arrojé el transistor a un lado. Su zumbido era el único ruido que brotaba del pequeño aparato. Sabía que aunque hubiéramos tenido un televisor o un télex, o un equipo de radioescuchas, no hubiéramos logrado absolutamente nada. Porque no había nada que escuchar ya.

—¿Es… el fin? —susurró ahogadamente.

—Tal vez —me encogí dolorosamente de hombros. Mantuve el silencio—. Cuando menos, el fin de muchas cosas. Quizá el principio de otras, no sé. El que no haya radio, televisión, noticias, música, no significa que *todos* estén muertos, desangrados. Sólo significa que el sistema se ha derrumbado, que lo establecido no existe ya. Esto es… otra cosa. Y empieza ahora, para bien o para mal, Cynthia querida….

—Sí, Alan —se aferró a mí, se acurrucó contra mi pecho, estremecida. Sollozando, quizá por su hogar, por sus padres, a quienes ni siquiera quería mencionar—. Pero quizá no todos hayan muerto. Un día veremos a otras personas. Nos uniremos todos. Empezaremos otra vez….

—Claro, Cynthia —asentí. Miré a mí alrededor. En torno a la cabaña de troncos, revoloteó un pajarillo, trinando alegremente en la mañana soleada. Su trino era una música maravillosa, que hablaba de vida, de esperanza, de un mundo distinto y nuevo. Tras un silencio, añadí—: No sólo el Hombre es la vida en la Tierra… Pero aun así, tampoco creo que estemos solos… con las aves y los animales, con el mar y los peces… Siempre habrá alguien más, en alguna parte….

Nos encontraremos un día, claro está. Empezaremos otra vez. Procuraremos que sea diferente todo. Puede que no lo logremos. Pero lo habremos intentado, cuando menos….

En alguna parte, imaginé ríos de sangre humana. Cadáveres succionados por la masa amorfa de plástico gris, reptante y viva, fría y despiadada… Sangre que cada poro de aquel asfalto viviente absorbía, sin dejar huella.

«Ellas» atacaban. «Ellas» habían comprendido que el Hombre se sublevaba contra su destino y quería luchar. Vencerían «ellas», claro está. Pero luego… luego llegaría el fin para todo lo que quedara en pie. Ciudades arrasadas por la energía nuclear, accionada por programadores secretos, bien protegidos y guardados, a salvo de los tentáculos grises de las ciudades vivas

y asesinas….

Cerré los ojos. La visión no era agradable, al abrirlos de nuevo, sólo vi a Cynthia, el sol matinal, los árboles, la laguna, el pajarillo trinando cerca de nosotros, mirándonos curiosamente.

—Vamos, Cynthia —dije—. Caminemos por estas tierras, por estos campos que son más nuestros que nunca. Lejos de «ellas». Lejos del terror y de la muerte… Caminemos hacia alguna parte… dónde todo sea mejor.

Nos perdimos por el bosque. Otros pájaros trinaban. Nos cruzamos con una ardilla, con un conejo asustado, con unas ranas en una charca….

El mundo seguía siendo hermoso. A pesar de todo. Y no tenía por qué dejar de serlo….

Oprimí la mano de mi compañera. Y ella la mía. Nos miramos. Ella lloraba. Pero le sonreí. Y me sonrió.

Era suficiente. Para mí, lo era todo.

FIN

DESDE AHORA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

publica en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL

ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.